



Nueva España (Madrid) año 1, num. 10 (15 junio 1930)

<https://hdl.handle.net/1874/35474>

NUEVA ESPANA

COMITÉ DIRECTIVO: ANTONIO ESPINA, JOAQUIN ARDERIUS, JOSE DIAZ FERNÁNDEZ

S U M A R I O



Editoriales: Acerca del salto atrás.—El negocio de los firmes especiales.—Indochina.—Prensa y libertad, Luis Jiménez de Asúa.—¡Hombres, hombres constituyentes!, Luis Araquistain.—Viejo y nuevo republicanismo, Botella Asensi.—La patria y el patriotismo, Emilio Palomo.—La domesticidad española, José Díaz Fernández.—El Censo de Iscariotes, Roberto Blanco Torres.—Rifi-Rafe.—Tres artistas y una Exposición, Miguel Angel Asturias.—La Exposición de "Shum".—Carta de París: Elogio de la inquietud, Mac Bernard.—Política de alcantarillado, Joaquín Pérez Madrigal.—Carta de Berlín: Max Reinhardt, Fernández Armesto.—Despedida, Massimo Botempelli.—Ideas sobre Wágner, V. Salas Viu.—La dictadura del proletariado en manos de José Stalin.—El momento español, C. Ferga.—Liga Nacional Laica.—Vida española: Canarias.—Cosas del fonógrafo, Jesús Bal y Gay.—Sobre Bernady Shaw, Francisco Pina.—Inteligencia y Trabajo, Antonio Abaunza.—La quincena internacional.—Cinema, José de la Fuente.—Libros.—Trotsky y la Tierra, Otero Espasandín.—Dibujos de Maside.

AÑO I

NUM. 10

35 CTS.

EDITORIALES

LAS CORTES DEL 23.

Había de ser un duque el autor de esa iniciativa de volver a reunir las Cortes de 1923 que disolvió, a golpe de sable, la dictadura. Y había de ser un conde, el de Romanones, el que había de mostrarse favorable a la iniciativa. Por supuesto, al conde de Romanones le parece bien todo lo que sea prescindir de alguna manera de la voluntad nacional. Porque, cuando la verdadera voluntad nacional se manifieste, ni ese duque, ni ese conde, ni muchos duques, ni muchos condes, podrían llamarse legítimos representantes del país. El conde de Romanones está de acuerdo con todas las soluciones que den por no transcurridos los seis años y pico de dictadura. A él lo mismo le dá que se convoque al viejo Parlamento como que se haga uno nuevo desde el Ministerio de la Gobernación, sobre todo si lo hacen sus amigos.

Pero si como explicó don Melquiades Alvarez la Constitución del 76 ha quedado deshecha y liquidada por la dictadura le va a ser difícil al Conde de Romanones buscar una fórmula para que se recomponga esa virginidad desgarrada. Lo cierto es que el país no quiere el salto atrás, porque exige que todas las responsabilidades de un sistema político sean exigidas resueltamente por los procedimientos más eficaces o ejecutivos. No quiere oír hablar de la vieja política. Quiere una política original, explícita, que transforme al Estado español en un Estado moderno, donde los problemas que hoy debaten los países más adelantados pasen aquí al primer plano de solución.

No quiere oír hablar de Romanones, como no quiere oír hablar de Alba, el político esfinge de ayer, el político nocivo de hoy, que disimula su ambición de Poder con programas abstractos de solidaridad nacional. Aquí no puede haber más solidaridad que que la de las ideas que nos juntan o nos separan a todos en los momentos más críticos de España. Las izquierdas tienen para la vida española soluciones de izquierda que den una nueva organización al Estado y establezcan las bases de una democracia. De una democracia jurídica y de una democracia económica.

EL NEGOCIO DE LOS FIRMES ESPECIALES.

Uno de los negocios montados en gran escala por la Dictadura para favorecer a sus amigos y servidores fué, como todos sabemos, el de los Firmes especiales. Un Real Decreto bastó para crear el Patronato del Circuito Nacional de Firmes especiales. Una vez creado empezó, ¡naturalmente!, a devengar copiosas cantidades del presupuesto. Atribuyóse a dicha entidad una gestión autónoma y enteramente desligada de las respectivas Jefaturas de Obras Públicas, sin duda para no molestarla lo más mí-

NUEVA ESPAÑA

REVISTA QUINCENAL

Año I. 15 de Junio de 1930 Núm. 10

Redacción y Administración:

SAN IGNACIO, 8

MADRID

Apartado de Correos: 8.046

nimo en la plena libertad de sus movimientos.

Según el proyecto se destinaron a las obras de carreteras en una extensión de 7.000 kilómetros la bonita suma de 600 millones de pesetas... Pero además, había que añadir a éstos los gastos de conservación que, aproximadamente ha venido costando 5.500 pesetas por kilómetro. Con tantos recursos a su disposición, el Patronato no ha realizado ni siquiera la mitad de la obra que se le tenía encomendada. Eso sí, ha consumido en cambio más de la mitad de la asignación presupuestaria y los 2.800 kilómetros de carreteras asistidos de mejor o peor manera han costado ya más de 350 millones de pesetas. O sea que para terminar la obra, se necesitarían la friolera de doscientos millones más de lo previsto... En total, unos 800 millones de pesetas.

Se comprenderá perfectamente que para atender a los servicios de tan gran empresa no le bastasen al Patronato los recursos propios que se le asignaron (tasas de rodajes, subvenciones municipales, cánones de transportes, etc.) y hubo necesidad no solo de otorgarle una participación en la patente nacional de automóviles, sino de hacerle un huequecito especial (tan especial como los firmes) en los Presupuestos generales, del Estado siempre abiertos y ubérrimos en tiempos de Primo de Rivera, para los espléndidos asuntos de esta clase.

Suponemos que el actual gobierno habrá puesto coto a los dispendios enormes del Patronato. Pero decimos con respecto a este organismo lo que venimos solicitando con respecto al del Turismo y demás entidades hemorrágicas y semejantes: no basta frenar y contener. Es indispensable suprimirlos de raíz por lo pronto, y después reorganizarlos totalmente, de arriba a abajo, con absoluta claridad administrativa y verdadera tecnificación de todos sus servicios. Sin olvidar, como es justo, la fiscalización de la labor realizada y del cómo, por qué y cuánto de los enormes fondos invertidos.

INDOCHINA.

Cansada de esclavitud, Indochina, quiere sacudir su yugo francés.. La causa, rebuscada en posibles propagandas de Moscú, está aquí, en que se la mantiene bajo un yugo. Si, a tiempo, se le hubiesen dado ciertas libertades, ya que no evitarlo, por lo menos se hubiese retardado el estallido. El indígena tiene todos los

deberes, pero ningún derecho; los salarios que gana varían entre 5 a 8 francos, y para los obreros calificados entre 10 a 12. El presupuesto, no grava las rentas, y está basado en un inhumano privilegio: el alcohol y el opio. Para mantener a los funcionarios, se envenena a los trabajadores, y mientras Francia, consiente esto y lo pone en vigor, la comisión del opio de la Sociedad de Naciones, saluda a este país como gran civilizador. Pero las cargas, como se puede ver pesan solamente sobre la clase trabajadora. De ahí que el movimiento, más que nacionalista, sea un movimiento revolucionario de clase. Este es el miedo. Y este estado revolucionario, fruto de los salarios de hambre, se quiere achacar a un pueblo extraño. No es eso. Los mismos diputados que, en la Cámara, querían tomar represalias contra la URSS, con este motivo, tácitamente reconocían su falsedad, al pedir el desarrollo de la enseñanza profesional, de acuerdo con la religión y afirmaban que es peligroso hacer de los indígenas intelectuales y filósofos. Los estudiantes anamitas que habían cursado sus estudios en París, a la vuelta a su patria, se convertían en luchadores revolucionarios, por la comparación de la esclavitud por una parte y la orgía por la otra. Los grandes propietarios indígenas están con la metrópoli. Por eso, con motivo del asesinato de un mandarín, las fuerzas del gobierno francés, bombardearon la aldea donde se habían refugiado los que lo mataron. Esta es una prueba más para reconocer que el movimiento no va por la independencia nacional, sino por la independencia económica de los trabajadores.

Y ahora, tras el éxito del Congreso eucarístico de Cartago, en el cual se demostró el genio colonizador francés, esperamos que el próximo se celebre en Saigón.

De todos los libros que envíen autores y editores a la Redacción de "Nueva España" nos ocuparemos en nuestra sección crítica.

ideas políticas

Prensa y Libertad

por Luis Jiménez de Asúa

CENSURA Y REPRESION

El Ministro de la Gobernación acaba de fallar el recurso interpuesto por el señor Sánchez Rivera contra la multa impuesta bajo el régimen dictatorial por un artículo que la Censura tachó y que no fué publicado. Los tiránicos gobernantes castigaron el mero intento de imprimir un trabajo que el vigilante censor cruzó con su lápiz rojo.

La Real orden es correcta en el fallo absolutorio, pero no aborda el tema en su esencia, limitándose a decir que no es justo ni equitativo sancionar al autor del escrito por una falta que no cometió "puesto que ni se contravinieron las órdenes dadas por la Superioridad ni tampoco se ha inferido daño alguno, porque no se hicieron públicos los conceptos que se estimaron ofensivos para las personas que en aquella época estaban al frente de la Administración, siendo de apreciar, además, que el recurrente no tuvo el propósito de aludir a ninguna de ellas."

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

Porque el caso del señor Sánchez Rivera no fué único. El doble juego de censura y penalidad debutó con la multa impuesta al periódico "El Sol", por haber noticiado la supuesta compra de una casa en Barcelona hecha por el Marqués de Estella en no recuerdo qué circunstancias. El diario madrileño hizo razonada protesta y el Presidente del Consejo se vió en la forzosa necesidad de reconocer que la previa censura invalidaba la imposición de castigos. Mas a Primo de Rivera le duraban poco los intervalos de sensatez y bien pronto rectificó su criterio. La Dictadura apelaba para sostenerse, a los medios más anti-jurídicos y a la postre la censura le pareció poco y recurrió, como expediente de venganza, a las sanciones, amalgamando así el sistema preventivo y el represivo. "La Libertad", de Madrid tituló un telegrama extranjero: "Ya no nos respetan ni en China". El censor suprimió el rótulo y las autoridades gubernativas multaron al diario, por entender que ese epígrafe era injurioso para los

gobernantes de entonces. Otro periódico del Norte de Africa, dió cuenta de la admisión de las renuncias de algunos catedráticos, cuando el conflicto estudiantil del pasado año, bajo la rúbrica de que se aceptaba la dimisión a los "mejores" profesores de nuestra Universidad. La censura tachó también este epígrafe y el Gobernador impuso una multa al diario por creer que con esa frase se censuraba la conducta del Gobierno. Es seguro que estos casos llegados a mi conocimiento no son únicos.

La Real orden que ha resuelto el recurso del Sr. Sánchez Rivera debió proclamar que en el régimen de imprenta son posibles dos sistemas. Uno, antiliberal y trasnochado: la previa censura; otro democrático y moderno: la responsabilidad y consiguiente sanción cuando el delito se prueba; pero el uso de ambos métodos es incompatible con todo régimen jurídico.

ESTATUTO DE PRENSA

Apenas si pasa día sin que el problema de la prensa no se debata en las propias planas de los periódicos. Los diarios recaban libertad y la jubilación de la censura.

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

¿No le basta el actual Código gubernativo, por demás severo, contra los delitos de imprenta? "El Debate", ausente de toda dignidad profesional, postula casi a diario el Estatuto de Prensa que los primeros dictadores tenían colgado del telar cuando se vieron forzados a retirarse.

Los periódicos, demasiado débiles una vez para oponerse a la previa censura, sacarán ahora fuerzas de flaqueza para repudiar ese Estatuto que convertiría las hojas cotidianas en forzadas Gacetas gubernamentales.

LA LIBERTAD DE IMPRENTA

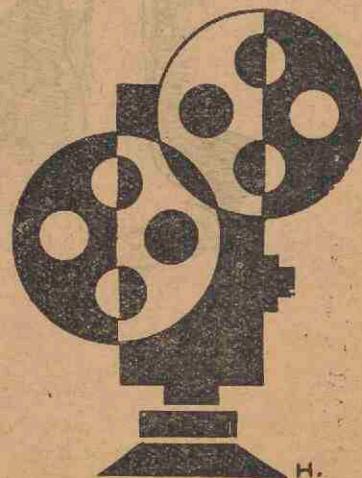
Esta hora no es sólo de resistir, sino de atacar con denuedo. Los periodistas de España no deben contentarse con que se

derogue la disciplina penal facciosa, impuesta por decreto el año 1928. No han de reducir sus ansias a que el Código gubernativo, que tan mal les trata, desaparezca del cuadro de nuestro Derecho vigente. Deben poner ahincado empeño en que la libertad de Prensa se consagre en la nueva ley constitucional con fórmulas insusceptibles.

La función fiscalizadora que antaño fué patrimonio exclusivo del Parlamento, ha pasado en estos días a la Prensa. Las Cortes pueden asumir papel legislativo primordial a condición de que los periódicos vigilen sin trabas la tarea del Poder ejecutivo. La Prensa es hoy Parlamento extensísimo, pura democracia directa, más eficaz y menos retórica que el solemne discurso parlamentario.

Los periodistas españoles deben exigir que las garantías de libertad del pensamiento se inscriban en la nueva Constitución como un derecho que jamás podrá suspenderse, por anormal y difícil que sea el trance que el país atraviesa. Si la prensa fiscaliza todo desmán, será imposible.

Responsabilidad, sí. Castigo inexorable de los delitos perpetrados por medio de la imprenta, pero sin especialidad alguna. Y sin riesgo de que los gobernantes puedan, con pretexto de la salud pública, poner mordaza a los fiscales legítimos del pueblo.



¡Hombres, hombres constituyentes!

por Luis Araquistain

Mis amigos de NUEVA ESPAÑA me invitan a replicar a los juicios que otro buen amigo, Azorín, ha expuesto en unas amables glosas a mi libro *El ocaso de un régimen*. Ante todo, quiero agradecer a Azorín que haya dicho de esta obra que "no tiene nada de vitanda, ni se explanan en sus páginas teorías monstruosas; por el contrario, la doctrina es tal que corre por el mundo sin protesta de nadie, y los razonamientos del autor, severos y reflexivos." No hay nada de monstruoso, ciertamente, en proclamar que el régimen republicano es el que más conviene a España y que una república, como forma democrática, se-

ría la única solución conservadora nacional

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

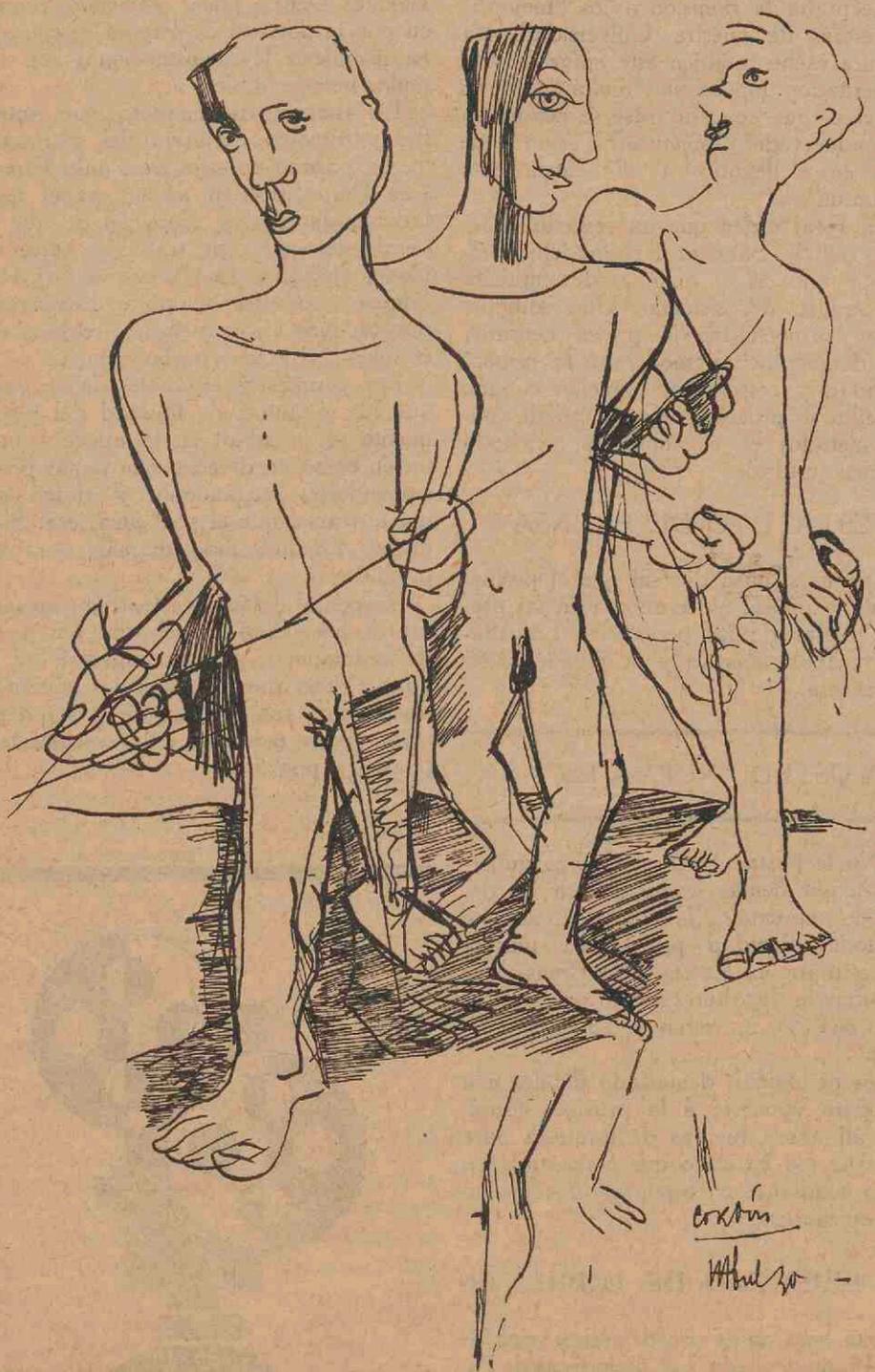
Pero el amigo Azorín, que acepta esta tesis como corriente en el mundo, y ya también en la propia España, según lo

acreditan las recientes concesiones de numerosos monárquicos de larga y aun rancia historia, me atribuye, no hay que decir que con la mejor buena fe, teorías que son, ésas sí, verdaderamente monstruosas y que, por serlo, me interesa rectificar para que los que no me conocen no me confundan con los maestros políticos de *El Debate* y *El Siglo Futuro*, y para que los que me conocen no teman por mi equilibrio mental. Azorín me hace decir que el problema español no es un problema de pan y trabajo, ni de enseñanza, ni de libertad política. ¿Cómo podría pensar tales disparates, no ya un socialista, sino un hombre en sano juicio y sin atavismos troglodíticos? ¿Por qué otra cosa vengo abogando desde que tengo uso de razón, y, sin perderla, por qué otra cosa puede abogar un español de este siglo?

Lo que yo sostengo—y creía haberlo dicho claramente en mi libro—es que todos esos problemas están subordinados a uno previo: la transformación del Estado; y que el Estado español, de tipo patrimonial o privado desde que las monarquías democráticas medievales se confundieron en la energía absolutista de los Austrias y Borbones, no se transformará en Estado público mientras los hombres que lo dirijan, jefes de Estado o ministros, superen su domesticidad y su idea de que la gobernación del país y el manejo de los caudales, las libertades y todos los servicios públicos son negocios privados y a lo sumo tutelares.

Esta concepción viciosa del Estado nace de la forma en que éste se ha constituido históricamente en España: como una vinculación a determinadas familias y en general como una proyección de la propiedad privada y de los principios, sentimientos e intereses ligados a la institución de la familia patriarcalista, esencialmente liberal.

Frente a este Estado familiar-absolutista se forma en Europa el Estado liberal, por consecuencia de las revoluciones de Inglaterra y Francia, que niegan a la corona—y a las oligarquías que comparten con ella el poder—el derecho a usar del Estado como de su exclusiva propiedad privada. El Estado liberal no es todavía un Estado genuinamente público. Cada ciudadano ve en él una parcela de propiedad privada y, como Luis XIV, dice o piensa también: El Estado soy yo, es decir, el Estado es mío, aunque sea en modernísima parte alícuota. Todos estos Estados, tantos como individuos haya con conciencia política, al luchar por su soberanía impiden que un hombre o un grupo social monopolice el poder con exclusión absoluta de los demás grupos, lo que da origen a la forma democrática de gobierno y al equilibrio inestable del Estado individualista,



Dibujo del artista super realista Cordón, que no han querido exhibir en su Club las señoras del Lyceum.

o semipúblico, imagen fiel del equilibrio, también inestable, del liberalismo económico en que se funda la sociedad capitalista moderna.

Sólo la doctrina socialista concibe un Estado público auténtico, aunque puede ocurrir, como está ocurriendo en Rusia, que en el proceso de transformación la clase obrera acapare el poder; etapa en algunos casos inevitable y tal vez psicológicamente necesaria para que esa clase, mediante el uso dionisiaco del poder, se purifique de sus legítimos resentimientos seculares y se prepare para la organización de una sociedad sin recursos históricos de clase. El individuo abdicará en el socialismo la idea del Estado particularista del absolutismo y del liberalismo, y se establecerá el Estado social o colectivo, a modo de trasunto o superestructura de la propiedad socializada.

Pero aquí, en España, no queremos ir todavía tan lejos. Mejor dicho, no podemos hacernos ilusiones sobre las posibilidades de un Estado socialista inmediato, aunque también se harán ilusiones los que lo sitúen fuera del horizonte visible de la Historia. De momento nos conformaríamos con un Estado liberal de tipo europeo. ¿Pero cuántos son los hombres públicos —impropiamente llamados así— que en España piensan y trabajan seriamente en la realización de un Estado liberal? De los monárquicos ninguno, llámense constitucionales o como quieran, porque pese a su barniz de cultura externa llevan el sentimiento absolutista en la masa de la sangre; sentimiento que es despótico con los de abajo y servil, a veces hasta la abyección, con los de arriba. Y de los republicanos, no todos, ni mucho menos. El atavismo absolutista, de Estado privado—que no hay que confundir con una posible dictadura inteligente y desinteresada, es decir libertadora, y no hay paradoja—será una amenaza contra la constitución de un Estado republicano liberal en España, y no sólo por parte de los monárquicos irremediables, sino por parte también de algunos republicanos que aspiran no tanto a liberalizar el Estado como a adueñarse de él para su uso particular, como ha ocurrido en casi todas las repúblicas de América y en la de Portugal.

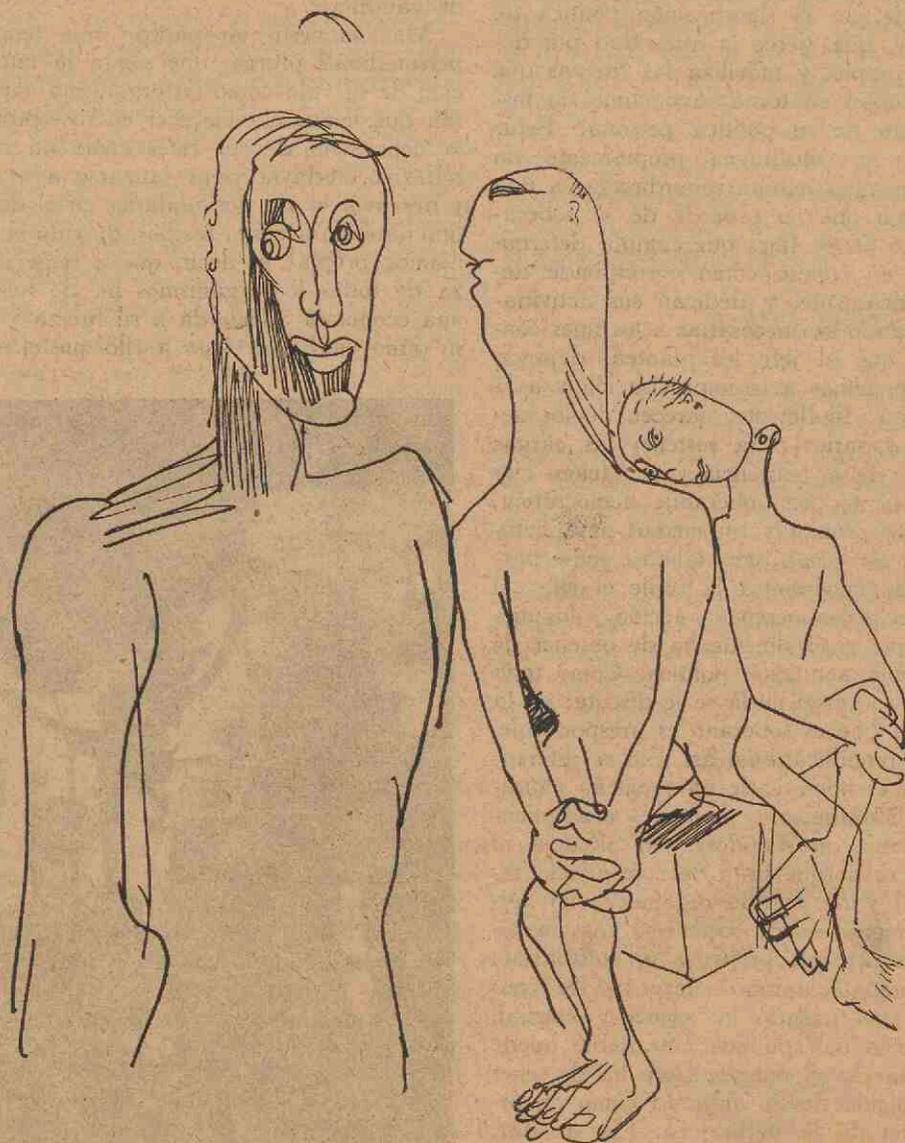
Creáme el amigo *Azorín*: nadie niega—¿cómo podría hacerlo en su sano juicio?—la existencia de los problemas de producción y distribución de la riqueza, de enseñanza, de libertad política; pero las soluciones a esos problemas dependen de que forjemos un Estado público o por lo menos semipúblico, un Estado liberal; de que los hombres de Estado sean algo más que padres de familia, dispuestos a utilizar el Estado como función pública y no como un patrimonio privado. Hay que desautocratizar a cuantos aspiren a gobernadores. Si el Estado faraoni-español perdura a prueba de errores y desastres, es porque las clases políticamente directoras y una gran parte de la nación tienen el alma faraonizada.

El mal viene de lejos, de las entrañas de la Historia, de la formación de la sociedad española, católica y absolutista, que se refleja en el Estado absolutista y católico. El catolicismo—y con esto aludo, aunque no sea más, por falta de espacio para tan extenso tema, a una cuestión que yo toco en mi libro y *Azorín* en su artículo—el catolicismo ha contribuido poderosamente a retrasar la constitución de un Estado liberal y nacional en España, lo mismo que en Italia—ésto lo ha visto bien Mussolini (léase su *Juan Huss*) y de ahí su mal velada aversión a la Iglesia católica—y en todos los países dominados por esta confesión. El catolicismo, doctrina universalista y antiliberal, retrasa la formación del sentimiento de nacionalidad y de la conciencia independiente, base del Estado liberal europeo, que nace de la Reforma. Tebas y Roma se funden en el Escorial, y desde allí sofocan el espíritu del liberalismo español y el crecimiento interno de la nacionalidad española, que todavía hoy es una mera expresión geográfica.

Sí, querido *Azorín*, el hombre y la familia son poco más o menos los mismos

en todas partes y, sin embargo, hay diferencias esenciales, que hacen la diversidad histórica, el progreso de unos pueblos y el estancamiento de otros. Un español no es muy distinto, al parecer, de un europeo; pero mientras en Europa triunfaba y sigue triunfando la Reforma y la Revolución, España representaba—y sigue representando la contrarreforma y la contrarrevolución. ¿Será siempre así? No quiero ser pesimista; pero viendo y oyendo a todos estos hombres que ahora hablan de unas Cortes constituyentes y otras fórmulas legislativas, saca la impresión de que pocos quieren de verdad un Estado público, un Estado civil.

Y lo que hace falta no son Cortes constituyentes, sino Hombres Constituyentes, dispuestos a disolver su milenaria conciencia petrificada y a darse en lo más hondo de su ser una constitución sinceramente liberal y democrática. La letra vendrá de añadidura. ¡Hombres, hombres Constituyentes, no ministros—que quiere decir servidores—del absolutismo constituido!



Otro dibujo de Cordón, rechazado por las intelectuales del Lyceum.

Viejo y nuevo republicanismo

por J. Botella Asensi

La guerra mundial y la revolución rusa, como hechos históricos destacados de nuestra era, se han convertido en el punto de diferencia de los conceptos de lo viejo y lo nuevo, en torno a los valores de la cultura, de la política y de la economía.

En este sentido de relatividad se habla de viejo y nuevo republicanismo, como se habla en términos más generales de vieja y nueva política. Pero hay otro sentido fundamental en que los conceptos de lo viejo y lo nuevo no tienen por índice la fecha de un acontecimiento histórico ni la edad de las gentes que lo han vivido. Antes de 1914 había republicanos viejos y jóvenes que preconizaban un nuevo republicanismo y en 1930 los hay también, lamentablemente, confinados en el republicanismo histórico. No son cambios del tiempo; los conceptos de viejo y nuevo republicanismo en el plan que los consideramos son fundamentales, y se diferencian de un modo radical en el pensamiento que los preside.

En el viejo republicanismo el idealero se suple por la significación política de un jefe, que ejerce la autoridad por derecho propio, y moviliza las fuerzas que se agrupan en torno suyo como un instrumento de su política personal. Estas fuerzas no constituyen propiamente un partido, pues actúan subordinadas a una dirección que no procede de su soberanía; no tienen fines que cumplir determinados en común como corresponde democráticamente, y dedican sus actividades cuando son necesarias a los fines concretos que el jefe les plantea, dejando todo lo demás a la improvisación y a la aventura; finalmente, carecen de los medios necesarios para sostener las cargas propias de su existencia y actuación. Por consiguiente, sin soberanía democrática, sin fines propios y sin medios para cumplirlos, no tienen personalidad como partido. Su inexistencia la suple el jefe; él pone el pensamiento, la acción y los medios, que generalmente ha de obtener de su propia actuación política. Como todo está a su cargo nada se le discute; en la medida que es soberano es irresponsable.

Un republicanismo así sólo se diferencia en el nombre de un pequeño caudillaje monárquico, y como es consiguiente, acaba disolviéndose, sin eficacia ni prestigio, porque falto de consistencia espiritual y de sentido orgánico, sólo episódicamente puede sostenerse en circunstancias heroicas propicias al entusiasmo.

El republicanismo nuevo ha de conservar del pasado la emoción cordial, pues solo una política entrañable puede encarnar en el pueblo. Pero ha de tener la intuición de su vitalidad como un organismo de la naturaleza. Ha de dar, por consiguiente a su estructura una disposición orgánica, y a su funcionamiento un sentido biológico.

Su alma ha de ser el alma colectiva de la organización, hecha a la vez de las ideas geniales y de las fuerzas del instinto, de lo sublime y de lo vulgar, condensando, hecho conciencia, en un sentido político humano.

Esa conciencia, esclarecida, interpretada por sus órganos deliberantes puede ser el genio de su ideología, el mentor de sus actividades, el juez de su conducta, el maestro de su disciplina; ella puede, en cada momento histórico, darle los hombres representativos que hagan falta al mejor cumplimiento de sus confines, discernir el papel de los que no lo sepan o sean rebeldes al que les corresponde, y eliminar, si es preciso, a los que constituyan un obstáculo a su normal funcionamiento. En esa conciencia se disolverían los viejos personalismos nefastos, y en ella, por otra parte, encontrarían los nuevos valores positivos su consagración legítima. Un republicanismo así, forjado en el alma de la organización, sería apto para crear sus grandes intérpretes, lo mismo que para abatir, noblemente insumiso, todo conato de caudillaje.

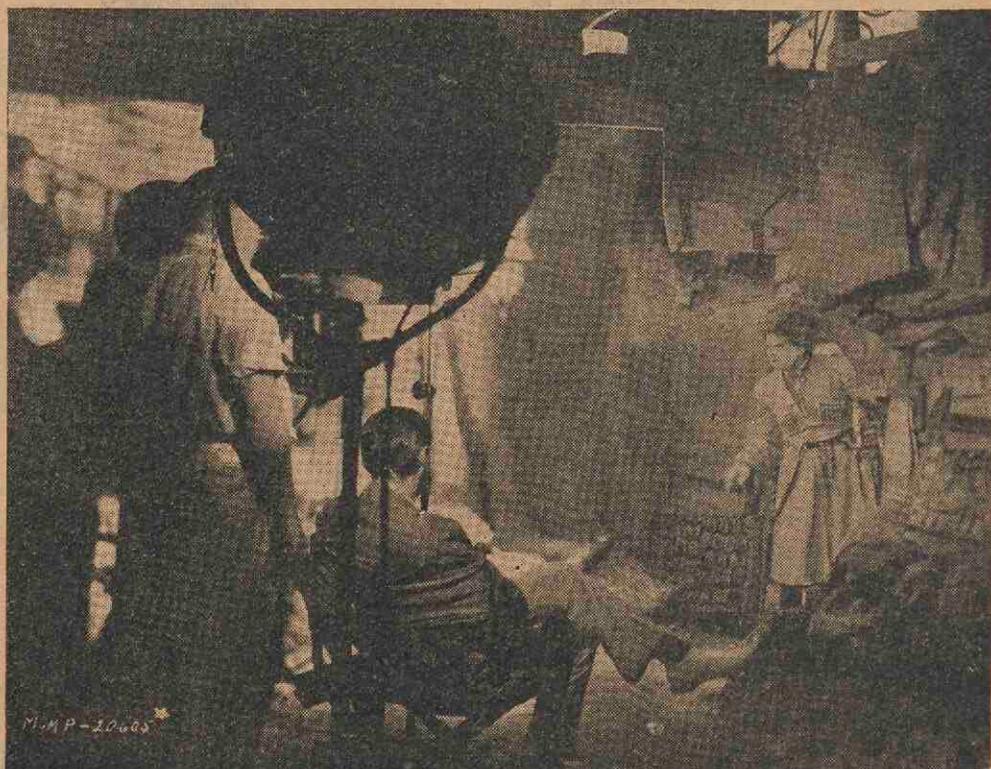
Mas supuesto un partido que tenga personalidad propia, que sienta la intuición de su vida como un organismo natural, que llegue a esclarecer en su espíritu la conciencia de sus fines como un ser reflexivo, todavía para lanzarse a vivir y desenvolver sus posibilidades en el destino histórico necesita medios, de vida económica propia; es decir, que a semejanza de todos los organismos ha de tener una economía adecuada a su fuerza y a su ritmo vital. No obsta a ello que el re-

publicanismo se emplace en medios sociales poco dotados, pues lo que ha de nutrirle no es la riqueza personal de sus adeptos, sino el sentido administrativo de sus posibilidades colectivas. Una pequeña cuota, que para nadie sea causa de sacrificio, establecida a base de una organización numerosa, puede bastar a sus necesidades de orden económico. El sentido individualista extremado del republicanismo histórico, su espíritu romántico, no eran propicios a esta obra básica de la economía; pero la conciencia republicana más esclarecida de la presente generación no puede desconocer que en esa vulgaridad de las necesidades materiales se asienta toda posibilidad de vida, y que mantenerse indiferente a sus problemas sería condenarse a la ineficacia.

Tan necesarios a la vida del nuevo republicanismo como los ideales en la altura, son en la base el sentido orgánico y el orden administrativo.

Desde las necesidades materiales hasta la conciencia, el nuevo republicanismo ha de ser en todo expresión de una vitalidad colectiva, compleja en sus elementos y armónica en su conjunto. Complejidad que implica riqueza de valores; armonía que equivale a eficacia de esos valores en función.

Contra esa riqueza de elementos y esa eficacia de funciones conspiran constantemente en la vida de las organizaciones democráticas, y es un deber tenerlo en cuenta, dos morbos igualmente temibles: el caudillismo y la indisciplina.



Lawrence Tibbett, cantante de la Opera Metropolitana de Nueva York, demuestra ante la cámara las mismas brillantes cualidades que lo han distinguido en la escena

La patria y el patriotismo

por Emilio Palomo

Todo hombre de mediana sensibilidad se habrá esforzado, más de una vez, por poder llegar a resolver en sí este arduo problema: "¿Cómo se sirve mejor a la patria?" Es igual que el concepto de patria se reduzca a la estrecha área del lugar donde se nace, a la nación a que se pertenece o a la dilatada extensión del Mundo. Si en el hombre apunta una apetencia de solidaridad humana, bien acabe en un exiguo núcleo de semejantes, bien abarque la multitud, puede decirse que hay en él un germen de patriotismo. La cuestión estriba en discernir qué patriotismo es el que ha de beneficiar a la patria.

Parece éste un problema de sencilla solución, y, no obstante, su dificultad es la que produce esta guerra que desencadenan las ideas para degenerar, muchas veces, en encarnizada y cruenta lucha material. Todos erigimos en nuestra conciencia un sistema de patriotismo, pero, al lanzarlo como flecha que aniquile al enemigo de la patria, vemos cómo las flechas del campo enemigo que llegan a nosotros con idéntico afán de aniquilarnos. Por ello sería interesante discurrir acerca de dos o tres ideas capitales; aquellas que pueden disputarse como cimiento y sostén de la patria.

En un pueblo como el nuestro, en que la fatalidad histórica que han elaborado nuestros reyes, nos presenta como un alma peninsular, sedienta a toda hora de guerras, el tipo más puro de patriota parece que ha de encarnar en el militar. ¿Quién podrá negar que esos soldados españoles que pasearon Europa bajo el imperio de los Austrias; que fueron a América con los Borbones; y que últimamente, con los mismos Borbones se trasladaron a África; quién podrá negar, repetimos, que han servido a su patria? Esa patria llamativa, espectacular, de guerras, de uniformes y de cruces premiadoras de heroicidades bélicas, les llamó con la advertencia implícita de que bien pudiera acontecer que perdieran la vida por ella. Y, a pesar de esta advertencia sobrecogedora acudieron al llamamiento. Nadie, pues, tan patriotas como estos hombres, sobre todo para los que hagan suyo aquel ideal de Hernando de Acuña:

"Un monarca, un imperio y una espada."

Pero la guerra que, accidentalmente, puede hasta hacer una patria solidarizando y vinculando personalidades regionales opuestas o solamente aportadas por accidentes geográficos, cuando se toma como sistema, lo deshace. Más claro: una guerra de independencia puede dar cohesión y unir a grupos étnicos

independizados entre sí; crear, en suma la patria; una guerra de conquista en la que el motor propulsor no sea el ansia colectiva, acabará, fatalmente, por disgregar la fuerza nacional y deshacer la unidad de la patria. Planteado así el problema, parece advertirse que, si el que corre al llamamiento bélico sirve bien a su patria, lo sirve mejor el que antes de correr a avivar la hoguera medita sobre la conveniencia de no encenderla.

Ganivet, egregio espíritu y poderosa inteligencia, atormentó muchas veces éstos dos excelsos atributos pensando en este destino histórico que ha empujado a España hacia la guerra. "España, como nación—dice—, no ha podido crear todavía un ambiente común y regulador, porque sus mayores y mejores energías se han gastado en empresas heroicas. Apenas constituida la nación, nuestro espíritu se sale del cauce que le estaba marcado y se derrama por todo el mundo en busca de glorias exteriores y vanas, quedando la nación convertida en un cuartel de reserva, en un hospital de inválidos, en un semillero de mendigos."

Y cuando habla de los hombres arrebatados a la vida por la guerra, dice: "No doy importancia a la muerte, y menos a la forma en que nos asalta; lo que me entristece es que se queden en el cuerpo muerto las creaciones presentes o futuras del espíritu." Es decir: lo fundamental es la idea; y si hay que preservar al hombre de una muerte temprana, es con la esperanza de que su vida sea un fruto. Hay que condenar la guerra y el espíritu bélico que todo militarismo encierra, no por rehusar el servicio que la patria pide, sino por otorgarle el que necesita; no para desampararla, sino para salvarla. Si el mundo entero, excepción de esa Italia enloquecida por el cesarismo de su *duce*, pide hoy que el patriotismo sea pacífico, y que las diversas patrias se estructuren desterrando de ellos militarismos peligrosos, España, como ningún otro país, tiene que prepararse para dar solución a este problema que la enferece y consume desde el siglo XIX.

Hay un diálogo clásico, luminoso, a este respecto, Pirro, el famoso general, fué invitado por Cineas—gran orador, que ganó con su elocuencia mejores batallas que Pirro mismo—a que dijera qué haría después de conquistar a Roma. La fantasía del general se desbordó y comenzó a enumerar las victorias que había de tener. Cineas le insistió: "¿Y después?" "Después—dijo el general—gozar en festines y holgarnos en coluquios." A lo que respondió el orador: "¿Quién nos impide empezarlos ya, y

ahorrarnos el trabajo y la crueldad de la guerra?" Más Pirro, que no en balde era rey, pensó que era antes su gloria de guerrero, que la paz y el bien de su pueblo.

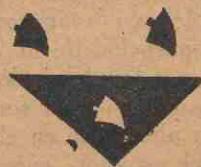
En suma: entre el patriotismo del soldado de la guerra y el patriotismo del soldado de la paz, preferimos el último. Se sirve mejor a la patria con la Inteligencia que con la Fuerza, y el soldado de la guerra es, casi siempre fuerza ciega en contra del soldado de la paz que, en el campo, en el taller, en el laboratorio, en el aula, en la fábrica, es conciencia viva que labora por un engrandecimiento ideal y material en el que la inteligencia manda y la fuerza obedece. En España, el problema más apremiante es decidirse por uno de éstos dos patriotismos. Si el patriotismo latente es el de la paz y la civilidad, y el dirigente el de la guerra y el del militarismo histórico, de nada valdrá querer sumarse a esos anhelos que han nacido en el mundo después de la guerra; España seguirá siendo un pueblo de estructura militarista que, imposibilitado ya para conquistar externos, se limitará a ser conquistador de su propio suelo, y acabará decorándose a sí mismo. El patriotismo exige, pues, el último esfuerzo de los patriotas.

Pirandello

y un prelado

En un teatro de Berlín se estrenó una obra de Pirandello, que no pudo ser representada hasta el fin por imposición del público, el cual levantó una fuerte protesta contra el burdo juego en que, el ingenioso italiano, quiere convertir la escena. La consideración cívica que el alemán tiene del teatro no consiente mixtificaciones. "El ingenio no es nada. Primero hay que ser hombres, después sí que se puede ser hasta ingenioso", ha dicho la buena crítica alemana.

El Prelado Schreber—un prelado alemán que no tiene nada que ver con esos cavernarios del catolicismo español—ha escrito un bello libro sobre las relaciones culturales entre España y Alemania.



- La domesticidad española -

por José Díaz Fernández

Tiene razón, a mi juicio, Araquistain, cuando señala a la familia como causa principal de los defectos de orden político que predominan en la sociedad española. Ningún núcleo tan doméstico y pasivo como el que escribió un día para la historia muchas páginas de aventura y azar. Dijérase que la civilización, que el refinamiento y jerarquía, actuó en él de manera totalmente adversa, reduciendo su ímpetu y sometándolo a un estado inferior de mansedumbre. Puede afirmarse que el español es un ejemplo de hombre domesticado. Así como en la evolución de las especies advertimos algunas que han perdido su acento primitivo para acomodarse a la vida pacífica de las comunidades humanas, del mismo modo la raza española parece haber eliminado sus viejas inquietudes, sustituyéndolas por una restringida inquietud egocéntrica que no rebasa casi nunca el pequeño círculo familiar.

A primera vista pudiera creerse que tal condición haría del español un hombre disciplinado, suave, fácil de encajar en los moldes políticos. Pero, por explicable paradoja, ese sentido doméstico es el que le hace más hirsuto e ingobernable. Porque si el libertinaje, por ejemplo, sólo se combate eficazmente con la práctica escrupulosa de la libertad, la colaboración social, sólo se consigue con cierta inhibición del egoísmo individual. Lo corriente en el hombre doméstico—o domesticado—es que no atiende a otro imperativo vital que el de sus deberes para consigo mismo y para con los suyos. De esta manera se desentiende de toda obligación que no sea la obligación de tipo cotidiano y de todo interés que no presente un beneficio fácil, particular e inmediato. Por eso es tan abundante el número de españoles neutros que enseñan a sus hijos y preconizan ante sus relaciones el apartamiento de la vida pública. Estamos cansados de oír al padre de familia, que antes fué hijo de familia: "Porque yo, sabe usted, no me mezclo en política. Estoy tranquilo en mi casa, ocupándome de los míos." Actitud típicamente conservadora. Por falta de ejercicio político, el hombre neutro ignora que la justicia y la moral son jerarquías humanas que el hombre lleva dentro de sí un mundo de problemas que se traducen en diferentes estímulos sociales.

Creo que fué a don Ramón del Valle-Inclán a quien le oí decir una vez que ésta no era una tierra de Quijotes y que, si acaso, la imagen del español era Sancho Panza. Yo creo que ni siquiera Sancho Panza puede simbolizar al español medio. Porque Sancho era, en último término, un "animal político" que ambicionaba el gobierno insular para ejercer su elemental concepción de la justicia. Cervantes, que, por los desniveles de su existencia, conocía bien a la sociedad de su país y había ahondado en el carácter inalienable del español, quiso, sin duda,

ejemplarizar a sus compatriotas con la escala de valores que establecen sus dos personajes. La cordura de Sancho está exenta de egolatría y de domesticidad. Su amo le contagia del sueño de justicia y el criado va detrás de él, abandona el hogar, no por la gloria y el amor, sino por la codicia o el salario. Pero abandona el hogar, pone en riesgo su hoy y su ayer. Sospecha que la vida no se estabiliza y que el futuro hay que crearlo con la voluntad y el esfuerzo desplegados hacia horizontes extralocales.

-- El Censo de Iscariotes --

Admirable artículo *La dictadura y sus cómplices*, de Cristóbal de Castro, publicado en el número anterior de NUEVA ESPAÑA. Eso es ir en derechura al grano y dejarse de disquisiciones vacuas y de consideraciones a los que no merecen consideración alguna. Nada de represalias ni de propósitos de venganza furtiva, estricta y a secas. Sólo la justicia, el sentimiento y la socialización del Derecho podrán salvar a España, haciendo de un pueblo de lacayos y de bribones un pueblo de hombres, de verdaderos ciudadanos. Admirable también aquel otro artículo de *La Libertad* que Cristóbal de Castro recuerda ahora: *El Censo de Iscariotes*, publicado cuando aún soportábamos con una fabulosa mansuetud bovina la vergüenza dictatorial de que no podemos lavarnos tan aína los españoles. No me fué posible comentar entonces al artículo en España, como no fueron posibles tantas cosas que un sentimiento elemental de dignidad imponía como un deber ineludible a todos los ciudadanos.

Hay que hacer lo que propugna Cristóbal de Castro: una lista de los que parlantina y clandestinamente se adhirieron a la dictadura y colaboraron con ella en su obra de *chraje y acortamiento de la residencia* a los que vergonzosa y vengonzante se aliaban con la dictadura, *que* si se decían apolíticos, no se les permitía asomarse al estadio de la política *para hacer de ella un juego de niños*. Si juzgaban incapacitada a la nación para desenvolverse en un régimen de derecho, nada tienen que hacer en la palestra pública que restaurará ese régimen y lo elevará a la función normal de la vida del Estado. Si esos sujetos se despreciaban a sí mismos, no pueden inspirar a los demás consideraciones de ningún género; cada cual es hijo de sus obras y la equidad consiste en dar a cada uno lo que merece.

No. La política no es un medio de vivir sin decoro. Es un ejercicio de nobles afanes, de pasiones sublimadas por un ideal de progreso y de perfección huma-

No, el hombre medio de España no tiene siquiera su equivalencia en Sancho Panza. Es un conservador que no tiene nada que conservar, como no sea la esclavitud económica y la indigencia moral. Lo que hace con su inercia y su indiferentismo es contribuir a que perduren y se fortalezcan las oligarquías y los intereses de una clase, la más inepta, la más desmoralizada de todas, que es la clase capitalista. Por eso a este hombre domesticado hay que complicarlo, contra su misma voluntad, en los grandes conflictos y las grandes violencias. Hay que sacudirlo y, si es preciso, ejecutarlo.

nos; es un magisterio de conductas limpias y acrisoladas. Quienes, además de buscar en lo política un medio bastardo de mantención, sin previa capacitación y haciendo con sus apetitos ludibrio de una función elevada, asienten y de añadidura cooperan con el poder faccioso que vilipendia a la conciencia social, están inhabilitadas para intervenir en las cuestiones públicas. El pueblo, el pueblo honrado y consciente, debe repudiarles.

No quede en proyecto el urgentísimo Censo de Iscariotes.

ROBERTO BLANCO TORRES.

Noticias Literarias

ESPAÑA

Se está preparando un homenaje a "Azorín", por su decidida y resuelta actitud con relación al teatro contemporáneo. De paso, se festejará "Angelita", esa obra lograda de teatro moderno, que los cerriles teatrólogos españoles—empresarios, cómicos y críticos—no quieren aceptar.

Excusamos decir con cuanto entusiasmo acudiremos al banquete.

ALEMANIA

Oswald Spengler ha cumplido silenciosamente sus cincuenta años, apenas saludados por las gacetillas de los periódicos, precisamente en los mismos días que se celebraba el jubileo de Max Reinhardt con la publicación de tres libros sobre él, la dedicación de grandes extraordinarios de los periódicos y se le nombraba todo lo imaginable seguido de la palabra honor—doctor, hijo, socio, etc., etc.—. Significa esto que Spengler se ha quedado fuera de las ideas que predominan en Alemania.

En Berlín se celebra la exposición de artistas alemanes, y la del viejo Berlín, hecha de un modo nuevo.

Rifa y Rafe

A Antoñito Goicochea dicen que ya no le falta más que subir en globo.

Tantas fotos de Bertoldo vemos a la Prensa dar que ya es cosa de llamar al alcalde de Villoldo.

“La Nación” (hemos nombrado al noticiero huérfano) pide que se suprima la censura de Prensa.

¡Miren la pazpuerca y que escrúpulos de legalidad la entran ahora!

El señor Serrán ha salido de París para Madrid.

Se dice que viene a tomar posesión de la presidencia del Consejo de Administración de un importante Banco.

Enhorabuena.

El Conde de Romanones está muy contento

Conste que Delgado Burreto no nos ha llevado a los tribunales como anunció en su estólido papelucho. Ni a “Nosotros” ni a nosotros. Ni a nadie. No vamos a tener más remedio que querellarlos contra él por no haberse querellado contra nosotros.

Y ofenderle grandemente diciéndole:

—¡Es usted un delgadobarreto!

El vampiro Dusseldorf ha recibido carta de un amigote suyo felicitándole efusivamente por sus hazañas.

Se vende un hermoso uniforme de ministro sin estrenar. El espadín se regala, pero la vaina se vende aparte.

En Príncipe de Vergara 42 darán razón. Preguntad por el Sr. Sainz Rodríguez.

En la familia de los La Cierva el que no corre vuela.

Es la familia del auto, giro y... subo.

La verdad es que la situación del pobre Cambó no puede ser más ridícula. Le utilizaron de correo de gabinete para

que arreglase lo de Alba, atrajese a los catalanistas y preparase en Cataluña el pacto monárquico. El pobre Paco de Asís Cambó, ha cumplido fielmente cuanto le mandaron.

¡Y ahora le abandonan, le dan con el brodequín en el coxis y le dejan sin propina!

Le está muy bien empleado por no afeitarse la barba.

“Villafranca del Bierzo 15-6-30.— Desde hace algún tiempo se viene observando en esta localidad la perpetración de diarios y numerosos atracos.

Se dice que existe en los alrededores una cueva de turistas.

El vecindario está consternado. (Corresponsal).”

¡Qué tiempo más estúpido está haciendo!

Pocas veces se ha registrado en España un tiempo más desapacible y traidor.

¿Cuándo desaparecerá el temporal reinante?

El Banco Central que preside el divino Calvo se vá congelando.

Gracias a su presidente se vá a convertir en un banco de hielo.

En un iceberg.

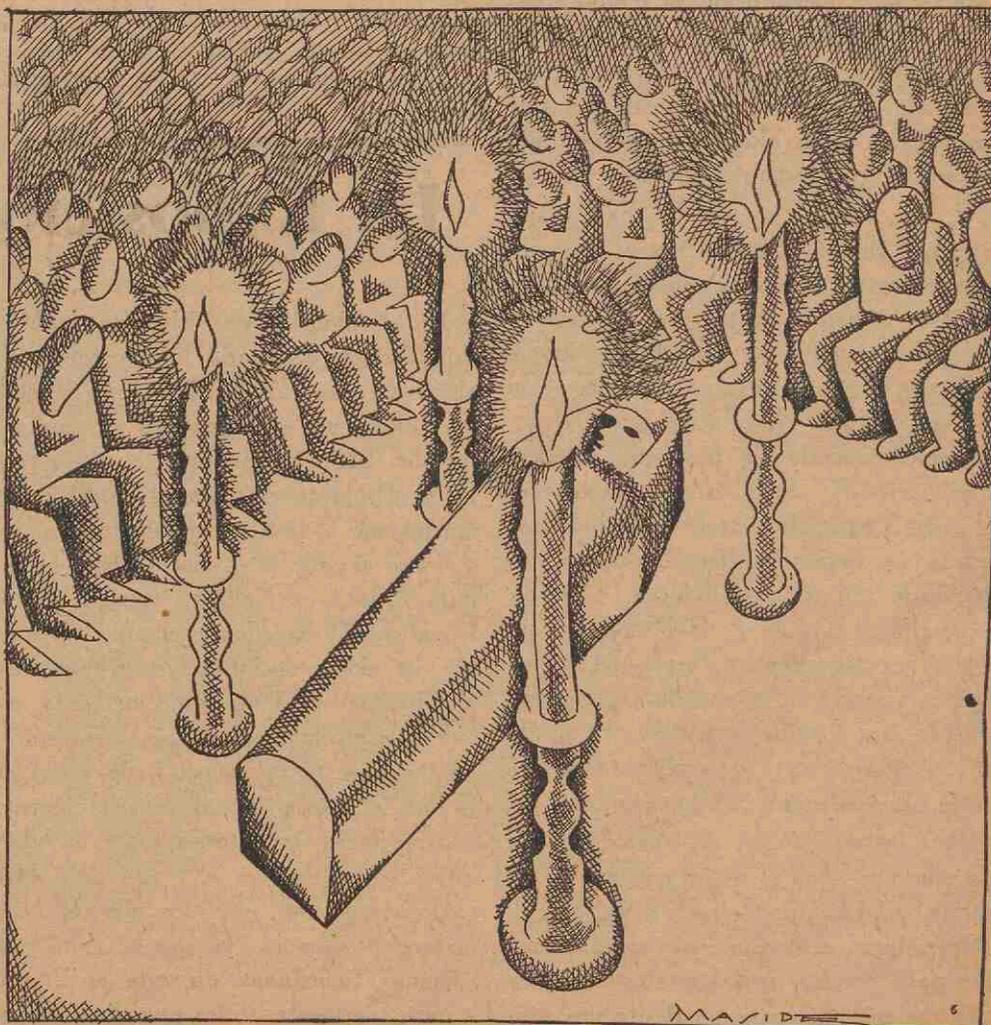
Los estudiantes de la Apulia han pedido a Mussolini que tome el mando de ellos y los conduzca a la victoria.

A lo mejor vemos a Mussolini, de gran uniforme, ponerse a la cabeza de la Apulia.

El ministro del Trabajo de la Dictadura, López, hizo un viaje a Berlín, “a estudiar la organización corporativa”, según decía su amo en una de aquellas inolvidables notas.

¿Saben ustedes lo que hizo López en los dos días que permaneció en Berlín?

Pues jugar al tute con sus dos secretarios y el espía de la dictadura en Alemania.



Tres artistas y una Exposición

Voy a ocuparme de tres artistas de la Exposición Nacional de Bellas Artes. Ellos, por su obra y su juventud, representan nuestro tiempo. Sus nombres: Joaquín Valverde, Laviada y Cruz Collado. Nos atrae el color; principiarémos por eso con el pintor Valverde. Valverde es un pintor muy concreto, es decir, que expresa lo que quiere sin halagos fáciles. El colorido de Valverde tiende a dar madurez a la forma. Hablando para el vulgo podría decirse que en el cuadro que presenta, la forma es lo esencial, el color, lo que da sabor, lo que adereza el plato. El lienzo a que nos referimos tiene un gran sentido de lo monumental en pintura—nuevo, nos parece, en la pintura española—resultado de una composición en la que se atiende al total. A Valverde se le podrían entregar muros; es hermano del gran pintor mejicano Diego de Rivera. Otro su arte, otra su sensibilidad; pero en el fondo, como Diego, Valverde construye figuras que son completo de una arquitectura. Es de advertir, que no por ver Valverde la composición en bloque, descuida el detalle que hace de cada figura elemento a sumar al total que valoriza todo el conjunto. Lamentamos que una obra de tan altos relieves haya sido relegada a un testero secundario.

Los escultores Laviada y Cruz Collado son muy diferentes uno del otro. Laviada nos presenta toda una señora escultura, de esas obras que no se ven a menudo en las exposiciones mismas de París, donde, como se sabe, se estima toda aportación al arte cuando encarna un esfuerzo por la resolución de un problema estético cualquiera. El campo de la escultura es de por sí limitado, y ésto hace que Laviada nos sugiera con sus figuras un cúmulo de nuevas posibilidades. Laviada aprendió de Grecia y de Roma la selección de las formas naturales sin rehuirlas, ofreciendo en su escultura un prodigio de arquitectura orgánica, resultado del equilibrio entre lo geométrico y lo natural. Laviada nos dá—y ésto nos satisface en esta época de alemanismos y yanquismos—una escultura eminentemente latina. Quien dice latina, dice sensual, flúido, libre, sutil. Un soplo de paganismo pasa por las figuras que este escultor nos presenta, y en las cuales, a los ojos

de los menos advertidos, huyen los términos de un paisaje de formas que se completan, se alarga voluptuosamente, se dan treguas de horizonte y espacio y no concluyen, sino muy lejos, en lo puramente emocional. Vemos este grupo en un jardín, bañado por un abanico de surtidores, en una isla de césped. Sigue, muy diferente a Laviada, Cruz Collado, escultor que nos presenta un grupo de dos figuras también latinas, con el imperativo de Castilla, de una Castilla de cielos bajos, cegatones. La escultura de Cruz Collado es personalísima, no la perderíamos en el Museo Británico, confundida entre muchas otras. ¿Por qué? Vamos a tratar de responder. Se distingue el grupo de este escultor por la unidad de las figuras, en las cuales parece—y es escultura—realizarse dentro de la serena e inexplicable expresión del amor, el ideal de hombre y mujer reunidos en un nudo indisoluble y fuerte. Viven estas figuras de dentro afuera, plenas, sencillas, llenas de eternidad, con el ademán fácil, enlazadas por una línea sin interrupción que el escultor ha sabido desarrollar para encanto de los que le ven y le admiran. El espíritu no está supeditado a la forma en Cruz Collado.

Diríase que se olvida de la forma para convertirla en movimiento, lo que, a simple vista, da el efecto de una composición fácil.

En resumen, es Cruz Collado el escultor que realiza el deseo de los que quieren, plásticamente, imponer el espíritu a la forma. Por eso su escultura es honda, con hondura de paisaje castellano. Por eso su escultura revive todos los problemas que el espíritu humano se ha planteado en lo que toca a la lucha de lo interior con lo superficial.

Es de toda obligación resumir nuestras apreciaciones.

Valverde, pintor que vive en sus telas la forma de lo esencial; Laviada, escultor que abre horizontes hacia nuevos rumbos—sin dejar de ser humano—por como trata sus figuras, magistralmente, las une y las disuelve; y Cruz Collado, que revive en lo más hondo de nosotros mismos ese afán secreto e inútil, de encontrar el completo del “yo” en el sexo ajeno, para la realización de la vida misma.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Madrid, 1930.

La Exposición de “Shum”

En el saloncillo de “Heraldo de Madrid” se ha celebrado la exposición de obras del admirable artista Juan Bautista Acher, más conocido por el seudónimo de “Shum”. La obra del joven pintor y dibujante es realmente espléndida, mucho más si se tiene en cuenta las condiciones en que está concebida y ejecutada. “Shum” se halla en presidio. En el Penal del Dueso, donde cumple condena por un delito social, cuya génesis hay que buscar en el espíritu generoso y rebelde de un hombre que tiene gran sensibilidad para todo, para la belleza y para la justicia. Los críticos de arte han escrito ya sus juicios laudatorios sobre la labor artística expuesta en el Salón del “Heraldo”. Nosotros queremos sólo destacar la terrible situación en que se encuentra “Shum”. Solicitamos de toda la Prensa y particularmente de los periódicos de iz-

quierda que se dirijan al gobierno pidiendo el indulto del desgraciado pintor. Un grupo de intelectuales catalanes tomó hace algún tiempo la iniciativa. Apoyémosla todos. Concédasele la libertad y éste será el mejor premio que pueda ambicionar el artista. Pues como ha dicho certeramente Julián Zugazagoitia, lo demás “es capaz, muy capaz de hacérselo él mismo en fuerza de vigiliias y aplicaciones”, sin sentir envidias de los altos galardones y recompensas profesionales sino “de ese compañero suyo de reclusión que hace su hatillo, reclama su peculio y sale silbando por las puertas del Dueso.”

NUEVA ESPAÑA reitera la solicitud de indulto para “Shum” y manifiesta su decisión de proponer este asunto en la primera junta que se celebre de representantes de revistas de izquierda.

Carta de París

Elogio de la inquietud

He llegado a un momento de mi vida, el que normalmente debe ser su término medio, en que me pregunto con urgencia en qué consiste esa ingratitud que atormenta a algunos hombres; antes buscaba su significación profunda y no la encontraba más que en la frivolidad o en su vano misticismo. La mayor parte de los atacados por el mal no tardaban en refugiarse en la calma de los paraísos artificiales.

Y era de suponer que los más sensibles, los mejores, habían pasado alguna vez en su vida esta crisis. La cual se erigiría ante ellos presentándoles angustiosos problemas.

Si la inquietud es frívola, sino es más que el testimonio de un desequilibrio, prueba de una debilidad, carece de interés y conviene pasar adelante. Sin embargo, ciertos casos curiosos, me hicieron reflexionar y no abandonar la presa de mis consideraciones. Por otra parte la calidad de la mayoría de los atacados por la dolencia y la mediocridad de los que no la comprenden, pero la combaten con encarnizamiento como si se tratara de un enemigo personal, merecía el análisis. En efecto, todos aquellos personajes que toda una grosera clase social desprecia, constituyen en masa una especie de batallón sagrado. Y esa clase social, por su origen, por su función orgánica, por el papel que está llamada a desempeñar en la evolución humana resulta francamente sospechosa. Salta a los ojos de los menos avisados que ella representa, por su funcionamiento orgánico, ante todo su aparato digestivo.

La necesidad de esa clase social, ataca siempre y de mil maneras, como una lepra incluso a sus hombres más inteligentes. Ejemplos, Bergson con su impulso vital, Claudel, arrodillándose cada mañana delante de miserables fetiches, Valéry y su poesía pura cuando seguía con la cabeza descubierta el cortejo de aquel siniestro imbécil de Foch; homenajes del espíritu burgués a la violencia burguesa, sancionándola y glorificándola en lo que puede tener de más monstruosamente estúpido.

No se trata en estos casos de un error puramente humano, sino de una especie de conspiración en el silencio, en la mentira, de una comunidad en el punto de vista impuesto por el interés superior de clase lo que les hace parecer a todos hermanos siameses. Luego viene allá detrás y a lo lejos la Francia saludable, el optimismo burgués, los "espíritus" ventruados, la tripa rumiante, la mediocridad hecha hombres.

Se comprende que cuando la salud adquiere tal aspecto se desee estar enfermo.

Además el primer mérito que encontré siempre en la inquietud, es el de abrir

su abismo entre los que la sufren sin perdonarse ningún sufrimiento, y la inmensidad de las otras gentes, tan extrañas a ellos como puede serlo un protozoo de su elefante. Esta primer ventaja la creo inestimable. Y sin embargo no es mucho, todavía. No es más que el comienzo del asunto. En el fondo de la inquietud se siente sobre todo, una perpetua agresión contra los valores mejor asentados, una violencia destructora, un impulso hacia adelante, una constante vigilia del espíritu, un insomnio sin fin ni medida, una mirada terriblemente lúcida, dirigida sobre uno mismo y sobre los otros, un odio impalpable, duro como el diamante contra todas las tentaciones, una continua partida hacia alta mar, hacia el lugar en que las olas tienen mayor violencia, unas manos siempre dispuestas a romper aquello que nos sea más querido si el menor signo de vulgaridad aparece en él. Un quedar desnudo, como un niño recién nacido, rehusando eso que los demás llaman felicidad, si la felicidad arrastra el menor desfallecimiento. En suma, no ser uno de esos pájaros a quienes se sacan los ojos para que puedan cantar. No sólo no pactar con la vida sino oponerla con exigencias ilimitadas.

La inquietud me parece poseer una virtud revolucionaria en todos sus dominios. Ella sólo acierta a lanzar al espíritu en nuevas direcciones. Los que viven atormentados por la inquietud no encontrarán el reposo más que en la muerte, pero ellos forman el porvenir del mundo. Basta en el terreno poético un pasaje de Rimbaud o de Baudelaire para trastor-

nar nuestra sensibilidad. Pero el espíritu no puede libertarse de ciertos convencionalismos, desglosar de sí mismo las partes muertas, salir sin dolor de sus tradicionales envolturas. Y lo mismo ocurre si se trata de una sociedad entera habituada a una manera particular de vivir, de sentir, de pensar. Es preciso en ambos casos, una fuerza imperiosa para salir de la crisálida. Las dificultades económicas con su cortejo de desórdenes, de revueltas, se acumulan en lo social; en el individuo la atmósfera interior se enrarece y ahoga una respiración hasta entonces fácil.

Vivir de esta manera heroica, buscando, lo más fuerte de la lucha, resulta siempre peligroso.

Por eso no debemos asombrarnos de que las traiciones sean tan numerosas, de que los Baires se multipliquen como moscas de que las defecciones entre los veinte y los cuarenta años sean frecuentes.

Los agotados necesitan reposo y silencio, moverse lentamente, arrastrándose los unos a los otros, defendiéndose contra el conformismo de la incertidumbre, la cual posee también su conformismo. El rebaño de estos jóvenes atacados por mareo de alta mar aumenta de día en día. Tirémoslos por la borda implacablemente y tratemos nosotros de conservar a la inquietud su pureza revolucionaria.

MARC BERNARD.

LAS OFICINAS DE "NUEVA ESPAÑA" SE HAN TRASLADADO A SAN IGNACIO, 8.



Cuando la Metro-Goldwyn-Mayer necesitó una escena de ferrocarril para cierta película sonora, alquiló simplemente un tren entero a la Southern Pacific Line e hizo construir una vía ferroviaria especial dentro del recinto de los estudios.

POLITICA DE ALCANTARILLADO

por Joaquín Pérez Madrigal

La política tal y como la venimos ejerciendo los españoles, es la cosa más impolítica de que podemos dar testimonio. Política es pensamiento, discurso y acción. No incurriremos en ninguna herejía, afirmando terminantemente que en España llamamos política a todo lo contrario: a la pasión, al griterío y al acecho. Las ideas suplantadas por los instintos; las oraciones por las querellas, y las hazañas—burdas caricaturas de lo épico—nos pintan a sus esforzados adalides con una sopera por casco guerrero, y, en vez de lanza, un cazo.

Percibimos aquí el imperativo ideal, no lo negamos; pero justo es consignar que el mandato de la realidad nos acucia más cercano y es más prontamente obedecido. Estamos hartos de escuchar, de labios ungidos por la sabiduría, que "en la política hay que operar con, de, en, por, sí, sobre tras las realidades." Si las realidades son mercancías podridas, no es discreto procurarse otras, crearlas; es más sabio, más político, conservar la mugre, extender, fomentar la carroña, y vivir. Es natural que con objetivos fundamentales como el apuntado, todos los problemas derivados de aquel mínimo afán político, aparezcan deformados y disminuidos. Así, el español indiferente a las contiendas del progreso humano, confinará su sentido de lo cósmico en el latido urbano del barrio en que habite o, a lo más, de su ciudad; y el español que profese ideas políticas no dará cobijo en su cabeza a mayor número de ideas que las consabidas que suscitan los propósitos locales consuetudinarios: la traída de aguas, la expropiación forzosa para un ensanche necesario, el empréstito pro construcción de mercado público y la carestía de las subsistencias, teniendo, eso sí, la enunciación de esas faenas transcendentales con las tintas de cada particular ideología.

Un reaccionario y un liberal, frente a la necesidad de dotar de un buen servicio de alcantarillas a su pueblo, no acordarán jamás sus opiniones. Es para ellos común la utilidad del servicio. ¿Pero y los principios? ¿Acaso no difieren en la concepción de la vida universal? El reaccionario y el liberal. Cada uno siente el alcantarillado de distinta forma. Ahora bien, estos antagonistas, pueden coincidir circunstancialmente en la estimación de algo capital. Si en un pozo negro descubren matices capaces de arrebatarnos a la polémica, al punto de montar en el detritus, sin mutua repugnancia, un filosófico, un apasionado debate, enmudecerán sobrecogidos, se estrecharán la mano trémulos, se aprestarán a la defensa solidarios, si un hombre de la calle, sangrando patriotismo, se interpone entre los dos y exclama:

—¡Imbéciles!

Ese hombre es la subversión, el desprecio del orden.

—¡Ah, el orden!—y se abrazarán con patriótico enternecimiento.

Querer salirse de las alcantarillas, aspirar a que el pensamiento, el discurso y la acción se atemperen al destino trágico, a las tristes miserias de las multitudes, sin escarnecerlas, sin abandonarlas, entregados a bárbaros, a necios, pedantes y cínicos debates, resulta atentatorio al orden, en cuyo mantenimiento se alzarán solidarios, los auténticos, los legítimos patriotas.

Con campo político tan limitado, circunscritas las posibilidades ideológicas a explicar sus alientos en torno a tan pocos, a tan parvos problemas, ni que decir tiene que la concurrencia de caudillos y de definidores es grotesca y exigua. Porque esto es así, porque somos así, al desembarco del Sr. Sánchez Guerra en Valencia no le vemos otro par en la Historia que el de Hernán Cortés en la remota costa inquietante. Porque esto es así, porque somos así, a un período político como el de la Dictadura del Marqués de Estella, accidente físico de un pueblo,

golpetazo terrible en la cabeza contra los adoquines de la calle, lo desnaturalizamos: diálogos frenéticos con el adoquín que nos hirió; y a los que nos empujaron a caer y luego nos arrastraron por el suelo, como el señor Cruz Conde, les hacemos el honor de ponernos a su paso para que vuelvan a agredirnos si la ocasión se les presenta.

Da grima contemplar cómo los más destacados políticos españoles parecen haber nacido a la actividad mental el 13 de septiembre de 1923. En esta fecha pudo un hombre plantar su poderío, imponerlo, ejercerlo durante cerca de siete años, porque el país llevaba mucho más soportando en el gobierno del país y en la oposición de los gobiernos del país, a hombres funestos, ineptos y venales... Muchos, la mayoría de estos últimos, han sobrevivido. Y no hay para ellos más historia que la de los seis años indignos en que no participaron; se les olvidó la historia de los lustros inicuos de que ellos fueron protagonistas. Con lo que, claro está, se invierten los presentes conatos de libertad en la riña aldeana,

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

Un caso típico reciente se ha ofrecido en Sevilla. El señor Blasco Garzón, concejal de aquel Ayuntamiento, ha acusado al señor Cruz Conde de haber inferido gravísimas ofensas a una dama, a un edil, a un Comité Regio y, por ende, a un Ayuntamiento, a una ciudad entera...

Sevilla toda se ha conmovido. La

Prensa diaria nacional ha informado a dos columnas del vitando hecho. Periódicos de provincias ha habido, como el simpático y arriesgado "Política", de Córdoba, que ha lanzado números extraordinarios, apostillando la proeza del señor Cruz Conde.

¿No es esto sintomático?

Una falta de educación, una injuria torpe, elevadas punto menos que a delito de lesa patria. El señor Blasco Garzón, empuñando la espada flamígera, arroja del recinto edénico al malhechor, quien en los años que mandó en el paraíso, no dejó chistar a los Blascos ni a los Garzones.

¿Quién es Blasco Garzón?

Un abogado andaluz, elocuente, florido, simpático. Fué republicano. Se pasó a la fracción de Santiago Alba. La Dictadura le sorprendió, reciente su apostasía, con un acta flamante de Diputado a Cortes albista.

¿Quién es Cruz Conde?

Un hombre sin historia política. Nosotros lo conocimos en Córdoba. Se pasaba la vida en el Círculo Conservador, envidando restos y copando el 32 encarnado. Ruleta, golfo, póker...

En los días que se forjaba la Dictadura le amanecía jugando al tute subastado con los que, luego, trasladada la tertulia, subastarian otras cosas.

Es menester, por tanto, hacer otra política, la verdadera política. Despreciar a los jugadores, bien sean de naipes o de partidos; rechazar a los hombres frustrados y exaltar a los nuevos y a los que permanecieron en reserva noble y augusta. Hay que ofrendar al país, no el cieno hediondo de las pasiones personalistas, de las querellas odiosas, de los apetitos domésticos. España exige un pensamiento amplio, claro y hondo, servido de una acción recta, valiente y entusiasmada.

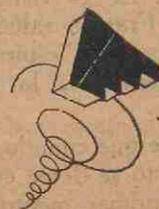
Marcelino Domingo en el Ateneo

El día 11 se celebró en el Ateneo de Madrid la anunciada conferencia política de Marcelino Domingo.

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"

El Ateneo estuvo abarrotado de público.

LEA USTED "NUEVA ESPAÑA"



CARTA DE BERLIN

MAX REINHARDT

Ya me he referido aquí alguna vez, sosegadamente, a Max Reinhardt. Pero, ahora celebra Max Reinhardt el jubileo de sus 25 años al frente del *Deutsches Theater* y es preciso volver sobre él con decisión de asentar un comentario ceñido en torno a su personalidad. Ceñirse a la obra de Max Reinhardt no es fácil, la rodea un círculo de controversias que no dejan a la vista penetrar con claridad desembarazada hasta ella. Max Reinhardt está lleno de gracia, y nada hay que tanto conturbe como la gracia. Es un mago y la magia es, precisamente, el espíritu huído de las definiciones. Mago es el que se ha sustraído a la fuerza de la gravedad, por eso los magos vuelan sobre escobas y extraen las virtudes imponderables de la química. ¿Qué se puede decir del que vuela cabalgando una escoba?

Max Reinhardt ha inflamado el teatro de maravilla. ¿Pero, es maravilla lo que debe ser el teatro?

Reinhardt sube al escenario alemán hace 25 años, cuando baja Brahm. Brahm es el agotador del escenario realista el cual le llega a las manos a Reinhardt ya como el desganche del realismo. El no tener nada detrás de sí, sino ese desganchamiento, es lo que le ha inducido para lanzarse a imaginar. En ese instante Reinhardt colgándose audazmente de su imaginación arranca al teatro de un perdido atolladero y lo hace columpiarse en los aires nuevos, limpios y rutilantes. No hay duda de que salva al teatro de un naufragio, el terrible naufragio de la sequía de sus resortes.

Mas, Reinhardt sigue todavía hoy embarcado en su imaginación. Pensemos en la situación de la escena en el momento en que él llega, aquel momento de muerte, y contrastémosla con la situación de la escena en el momento de hoy, momento auroral del cine sonoro, obtendremos en seguida el resultado de que si la imaginación de Reinhardt era una audacia innovadora en 1905, hoy se ha quedado a trasmano del ritmo de la vida.

Algo ha realizado sin embargo Max Reinhardt que no posa, aun cuando él se quede atrás, esto es su enclavamiento del teatro en el puro espectáculo, la reconquista del teatro para el espectáculo. El teatro le había sido arrebatado al espectáculo—esto es, al juego—, por la moral, la literatura y el sensacionalismo. Reinhardt volvió el teatro a su pureza espectacular, desinfectándolo de moral. Cuando se quiere comprender un fenómeno es preciso no olvidar su origen, que significa tanto como la "razón de ser"; en cualquier hecho, por muy largo y quebrado camino que traiga, la esencia procede del origen. Tal vez en saber mirar hacia el momento inicial del Teatro consista el mejor secreto de Max Reinhardt.

El teatro nace en el instante en que los

pueblos comienzan a sentir la preocupación de su espíritu, de su "doble", que diría Freud, que corresponde, en la biología de los pueblos al instante de la biología humana en el cual la mujer comienza a mirarse al espejo.

El teatro no es sino, *mirarse* al espejo, y se diferencia de la novela en que la novela es el mismo espejo. En este *mirarse* está el "quid" del teatro. Porque *nos miramos* en ella nos indignamos o nos entusiasmos ante una representación teatral como no podemos hacerlo ante un cuadro al *que miramos*. Es lo teatral el cociente de tres factores, el equilibrio y la armonía de los tres, espectación, acción y pensamiento, y es esto porque, apurando la aseveración anterior, pudiera decirse que el hombre no desea ser el punto de contacto de aquellos tres elementos humanos.

Max Reinhardt comenzó por desplazar el teatro de la plataforma amanerada de un escenario a la pista desnuda de un circo. Ya deja este hecho entrever los arrostos que le guiaban, atreviéndose a deshacerse de todas las conveniencias para plantear la escena en el círculo abierto y crudo, en miedo del público. Llevar el escenario de entre bambalinas y protecciones a la circunferencia virginal de los clowns significa abrir las ventanas del teatro a la gran calle del público. Poner al teatro de nuevo en el día de su nacimiento, en una plaza helénica. Este desnudamiento del teatro que entonces significaba una negación arriesgada lo aprovecharon luego como su más contundente afirmación los teatros políticos de Rusia y Alemania.

Era la época de Wedekim de Maeterlink y de Helldunkel—cuando Reinhardt comenzaba—, cuyas obras Brahm había montado con una escrupulosa fidelidad al desarrollo de la tendencia. Se creía que la tendencia era superior a la vida y que las tendencias habían de conducir a un nuevo vivir. Reinhardt fué el primer tetrarca que reaccionó contra el fervor por la tendencia pregonando frente a la lucha estéril de las tendencias una subversión de la vida. Echó mano de los clásicos como fuerte en que atrincherarse contra las tendencias, y cuando a los clásicos les faltó subversión la produjo él por el desenfado con que los interpretaba. No hablo aquí de cómo son sus escenarios, porque ya hablé de ellos en este mismo sitio y otra vez, y remito al lector al número 2 de esta revista. 2527 veces ha sido puesto en escena Shakespeare, por Max Reinhardt, ese número dá una sensación de la cantidad de vida con que Reinhardt ha saturado a los personajes de Shakespeare, y al auge que ha infiltrado en el teatro clásico.

Pero el teatro es todavía algo más que esto que ha hecho Max Reinhardt. Ese algo más, culminante, es el difícil cetro

genial del teatro. Reinhardt lo ha sabido todo, ha sido el maestro de todo lo que es maestría teatral. Le ha faltado concebir a la muchedumbre. Y esta falta le ha inducido y reducido al virtuosismo. Lo que supone de más terrible de la incompreensión de la época en que se vive es la caída en el virtuosismo, tanto más peligroso cuanto mejores sean las disponibilidades creadores del hastío que no puede comprender. El teatro por el mismo hecho de que es un juego ha de barajar las pasiones de la época en que vive o se queda en puro juego, sin trascendencia de sí mismo, en juego de figuras, que es lo que es el juego de cartas. Se dirá que el teatro no tiene nada que ver con la muchedumbre, pero se debe contestar que la muchedumbre es el fenómeno característico de nuestra época, y un teatro al que no inquieta la muchedumbre no puede inquietar auténticamente ninguno de nuestros problemas. Pero, es que, además, el teatro por su idiosincrasia, por su constitución es un arte de muchedumbre, y tan arte de ella que tal vez el teatro ha sido el primer productor de muchedumbre, el primer hecho que reunió gran número de hombres presididos por un mismo signo, que esto es la muchedumbre.

Porque Max Reinhardt no pudo llegar a concebir la muchedumbre, no le ha sido posible a su teatro renovarse, a pesar de ser el teatrarca más diverso que ha existido hasta hoy, y que mejor domina los resortes que producen la diferenciación. Diversidad es tanto como amenidad, renovación es tanto como recreación; la confusión de estos cuatro valores es lo único que ha podido producir un espejismo de renovación en el teatro de Reinhardt. Ahí están como definitiva aseveración Lessner, Stanislanski Piscator y Meyerhold, que sin la sabiduría de Max Reinhardt ha logrado cualquiera de ellos un teatro más potente, renovado en cada momento de sí mismo, saturado de un impresionismo inenarrable, secreto exclusivo de haber comprendido al hombre en su nueva formación social.

F. FERNANDEZ ARMESTO.

Berlín, junio.

Los originales que publica NUEVA ESPAÑA son rigurosamente inéditos

TODA LA CORRESPONDENCIA DEBE DIRIGIRSE AL APARTADO 8.046.

LA DESPEDIDA

Se llamaba Ana, nombre que, según el gusto de cada uno puede parecer muy poético o muy vulgar.

Pudiera decir: la mujer de mis sueños; pero en verdad Ana era en aquel tiempo la mujer de mis realidades.

Nuestras apacibles relaciones databan de hacía un año, que es breve tiempo para aquellos amores que consiguen superar gallardamente los primeros quince días de vida. Vivíamos en la misma ciudad, y nos veíamos algunas horas cada día. De pronto nos ocurrió uno de esos casos de la vida que parecen raros y enormes a quienes les suceden, pero que son muy frecuentes y que no tienen interés para referirlos a los demás. Ana se tenía que separar de mí durante dos meses. El pensamiento de sesenta días de ausencia nos resultaba muy amargo.

Henos aquí el último día antes de la separación. Henos aquí en las últimas

horas. Nos hallábamos en una gran ciudad de Europa.

Ana tenía que partir en un tren de las diez de la noche hacia el Oeste.

Al día siguiente partiría también yo hacia el Norte.

Comimos juntos en una fonda situada en medio de un vasto parque popular, lleno de kioscos, bandas, músicas, torneos, barracas y otras ingenuas diversiones. En aquel parque, a las nueve, debían reunírsenos ciertos parientes que partirían con ella.

En espera de la hora de salida del tren dábamos vueltas por el parque, uno al lado de otro, repitiéndonos cosas que ya nos habíamos dicho infinitas veces, aquella tarde misma y en los días y los meses anteriores. Y durante todo el año.

Empujados por la gente o por el destino, o por un espíritu diabólico acerta-

mos a pasar por una especie de vasto atrio, el cual daba acceso no recuerdo si a una "Casa misteriosa", a un "Barracón de figuras de cera" o a un "Tren mágico". Ana en aquel momento iba delante de mí. Admiraba yo insistentemente su persona, que era alta y derecha, de cuello blanquísimo y negros cabellos que se perdían bajo un minúsculo sombrero oscuro que los sujetaba. Se volvió a mirarme, oprimiéndose el corazón al verla sonreír con aquellos ojos negros y brillantes (de carbón brillante) que formaban una extraña nota oscura y encendida contra las líneas dulces y pálidas de su rostro.

Le dije:

—Despidámonos ahora, Ana: dentro de algunos momentos vendrán a recogerme y yo me marcharé en seguida. Los últimos momentos que estoy contigo, quiero que sean contigo solo. La última imagen tuya que llevo en mis ojos, no quiero que se mezcle con ninguna otra.

—Tienes razón. Cuando vengan, te marchas. Prométemelo.

—Te lo prometo. Y tú no me detengas. Seamos fuertes.

—Te lo juro—dijo Ana.

Un grupo de gente nos tropezó. Nosotros nos miramos con melancolía.

—¿Es tarde?

—Aún quedan algunos minutos.

—¿Hacemos un último viaje en el "Tren mágico"?

Sonrió tristemente:

—No hay tiempo—dijo.

De súbito vimos que nos encontrábamos en medio de dos grandes espejos que había a la entrada de una barraca. Entre los dos espejos. Pero sólo nos contemplábamos en uno de ellos.

No era un espejo normal. Mirando en él se observaba no sé qué curvas ligeras en la superficie, llena de una ligera niebla cenicienta. Y allí dentro nuestras dos imágenes una al lado de la otra, aparecían sin dibujo de contorno. Y junto a ellas muy distantes de nosotros que las mirábamos aparecían dos tristes y temblorosas sombras del otro mundo.

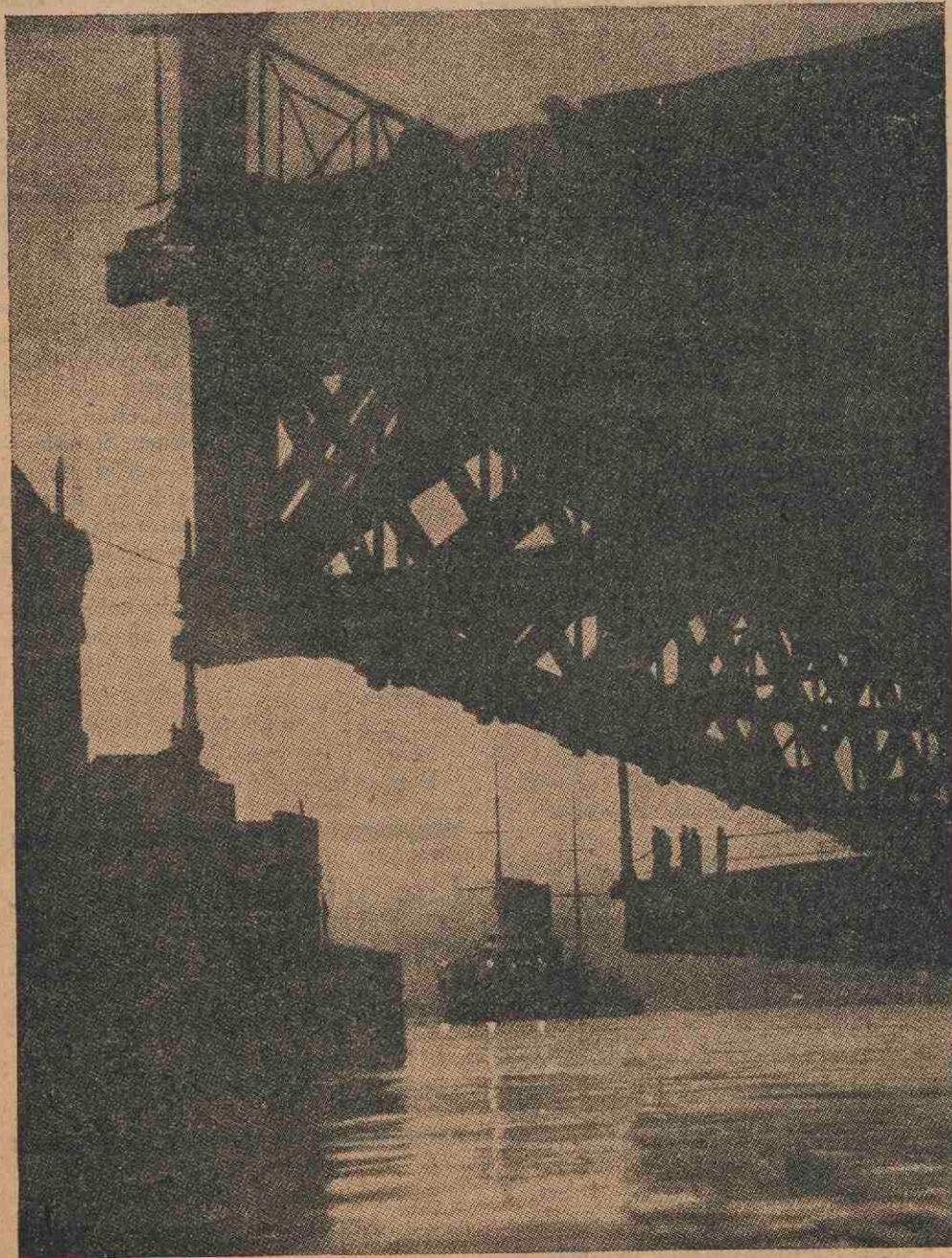
—Mira—le dije—, ahora estás cerca de mí. Dentro de poco estarás lejos, lejos como aquella sombra. Estaremos lejos uno de otro, así.

—Vamos al otro espejo—dijo Ana. Aquél hace reír.

Nos pusimos delante del otro espejo.

En este la deformación era más exacta, feroz y odiosa.

Espejos de este género no los ha podido inventar la sola técnica de un fabricante de espejos. Los ha sugerido la perversidad de un demonio; el obrero que los construye, seguramente que muere de mala muerte, y luego es condenado a las penas eternas. Ningún cinismo o desprecio del hombre hacia el hombre



El "Aurora" sublevado por Lenin, aprovisionándose clandestinamente.

A por MASSIMO BONTEMPELLI

es tan malo, como aquél que se complacía en contrahacer en formas extravagantes nuestra figura humana.

Apenas me observé sentí contraerse el rostro. Pero peor se contraía aquel otro rostro mío en el horrendo espacio de la brillante superficie absurda, donde mi ser se mostraba como un monstruo deprimido y ridículo. Sin embargo me reconocía; flaco, torcido y vil, sin embargo, era yo; era yo una especie de viejo acordeón pisoteado y tirado por el suelo. Como mi cerebro sabía que todo era una broma, me mandó sonreír. Y sonreí. Con una veridosa sonrisa, que fatigó, como un gran esfuerzo los músculos de mi cara. Luego de repente me sentí yerto de angustia cuando se me ocurrió pensar que en aquel instante Ana me veía también. Riendo un poco de manera hipócrita, me volvía hacia ella.

Pero apenas había empezado aquel movimiento, he aquí que ví, allí también su figura al lado del monstruo que era yo, la figura de Ana, deformada, ensanchada, humillada, vilipendiada, ultrajada, horriblemente arrugada como un viejo feto, estúpidamente retorcido. Diríase que una invencible enorme mano chata la hubiera aplastado, dilatándole cada parte de su cuerpo y acumulado la frente entre los cabellos y las cejas. El rostro era un montón deprimido de arrugas cavernosas, entre las cuales se abrían agujeros hórridos, las narices negras y la boca desconsideradamente desgarrada, no tenía cuello, pero aquella cabeza idiota estaba hundida directamente en un repugnante tronco de aborto maligno, de espaldas cuadrangulares y pecho gordo y esponjoso. Y la dilatación elástica crecía descendiendo hacia abajo, por el cuerpo de ella, por el cuerpo de Ana hacia la cintura que tortuosamente llegaba hasta el suelo. Las piernas se habían hecho cortísimas y anchas y arqueadas sobre los pies reducidos a dos repugnantes manchas sin forma. Sobre éstos prensábase y tambaleábase obscena toda la masa horrible, que era ella, Ana. Y sonámbula como un pato parsimoso parecía querer andar y salir del espejo para venirme al encuentro con una sonrisa estúpida en la nariz y decirme con la boca:

—Heme aquí, soy yo, Ana.

Inmóvil miraba yo como un cataléptico. Quizás todo el interminable suplicio no duró más que tiempo brevísimo, el tiempo que yo invertí en temblar aterrido bajo el mordiente hielo. Estuve a punto de gritar. Pero una voz fuerte sonó a mis espaldas:

—Aquí están. Buenas noches.

Me volví asustadísimo mientras los recién llegados nos saludaban deprisa.

—Vamos—decían—ya es tarde.

Me rehice. Estaba fuera de mí. Confusamente saludé. Recordé de la prome-

sa. Y como quiera que cualquier cosa me incitaba a huir lo más pronto posible:

—Tengo que marcharme — dije —. Buenas noches. Buen viaje. Hasta la vista.

Cierto que huí. No consigo recordar cómo advertí el rostro de Ana mezclado al de los demás. No sé cómo me encontré en casa. Apenas entré volví a salir. Pero después de haber vagado un rato, volví a entrar. Me encontraba sin imágenes y sin pensamientos. Me acosté y dormí. Sin pensar en nada. Y con un sueño lleno, pesado y como hipnótico, sin pesadillas dormí. A la mañana desperté de pronto y ya, descansado. O quizás vacío y como estupefacto. La luz del día entraba en la alcoba por las persianas entreabiertas. Medité.

—Ana...

La adiviné, así, como nueva. Luego dolorosamente pensé que durante algún tiempo no volvería a verla. Un rayo de luz llegó al borde de mi cama.

Y de improviso recordé que alguna vez Ana, había entrado en aquella alcoba a esa misma hora, y se había inclinado hacia mis ojos apenas despertado.

Al recuerdo siguió como presente, como se presenta una cosa real, aquella figura, la última figura de Ana que había visto, la horrenda persona contrahecha del espejo. Meciéndose como un pato sobre cortas piernas arqueadas, se acercó a mi cama, inclinando hacia mí aquel rostro aplastado, ensanchado, sin frente. Grité y salté del lecho, y rapidísimamente me vestí. Era necesario tomar

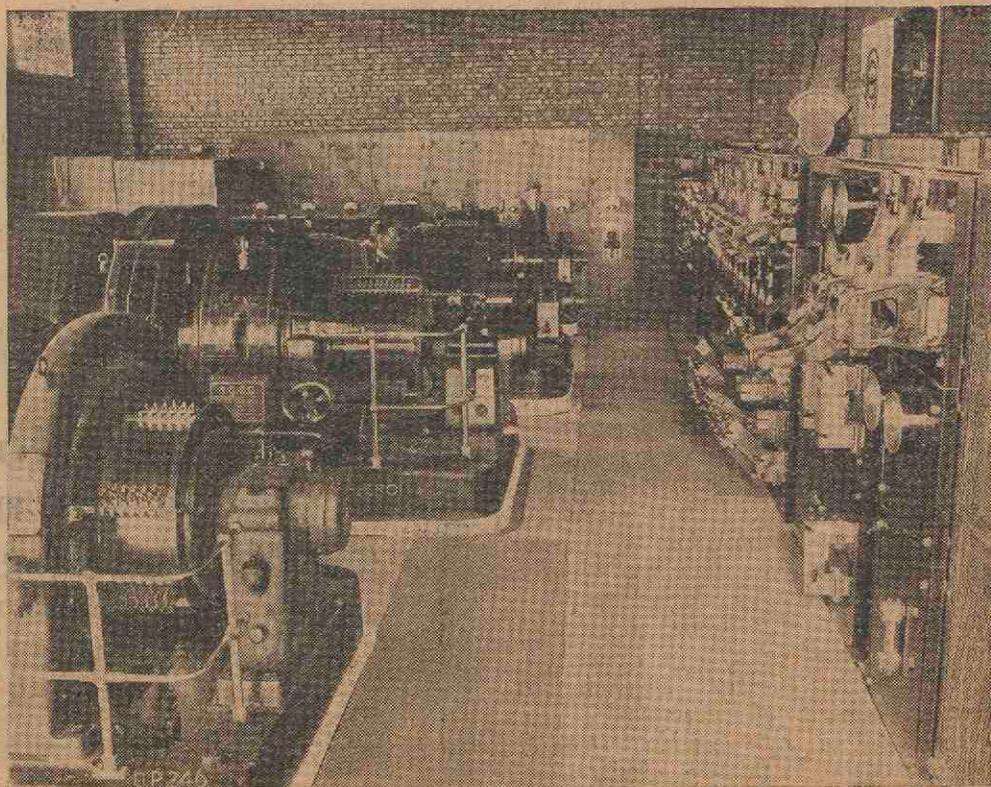
el tren. Recogí mis maletas, llegué al tren, me coloqué en mi puesto y siempre como huyendo, siempre llamando a Ana partí. Con tan furiosos transportes y con tan enormes esfuerzos me calmé.

Pero tan pronto como estuve quieto y con la velocidad del tren encontré el equilibrio de mis sentimientos, el dolor de la separación y la fuerza de fantasmagoría entraron en batalla.

—Si estuviese Ana, aquí, sentada a mi lado.

Apenas imaginé esto, cuando otra vez apareció la maligna figura, sentándose frente a mí; mirándome con su sonrisa idiota de aborto. Y así muchas, muchas veces, y aquel día y los días siguientes.

Desde entonces, jamás he podido librarme de esta obsesión. Mil veces he oprimido la cabeza entre mis manos, queriendo pensar en Ana. En la Ana verdadera. Volverla a ver bella como fué, pero no lo conseguí nunca. No lo he conseguido nunca, no le he escrito, tampoco nunca y han pasado muchos años y la he perdido y me ha perdido ella a mí y seguramente había maldecido mi nombre. Aquella dulce figura que al principio he descrito la evoco con el cerebro. Pero, como otra cosa, como una cosa no verdadera, como un cuadro. No la veo como Ana. Como Ana no la veo. No consigo atisbarla en cuerpo vivo más que como la última imagen que de ella me quedó en los ojos. Imagen del espejo diabólico, cuyo autor seguramente habrá muerto o morirá de mala muerte y que quizás ya se esté retorciendo entre las penas más horribles del infierno.



Sala de máquinas del barco revolucionario "Aurora"

Ideas sobre Wagner

I

Hemos podido llegar hasta con exceso a poder hacer una revaloración absolutamente desapasionada de esta columna musical, revaloración, por otra parte, muy necesaria.

Cuando un músico comienza su vida como tal es cuando únicamente son sus obras combatidas, quedando después como verdades absolutas y, por tanto, indiscutibles, aquéllas que logran imponerse en esta lucha. Este proceso vulgar es completamente absurdo en su segunda fase, y tiene como fatal consecuencia que, al quedar como verdades incommovibles ciertos autores, se produce la desvitalización del arte. Esta desvitalización es ocasionada por la falta de movimiento de la idea, que va quedando anquilosada en "ejemplos" cerrados. La causa originaria de estas que podríamos llamar *ideas muertas*, si esto fuera posible, estriba en la característica pereza mental del burgués, tipo que, naturalmente, es el más abundante en la generalidad de los aficionados musicales. Es necesario que, para que el arte continúe su camino, se vaya acostumbrando el público a la revaloración. Hemos aludido antes a la lucha del artista novel por la valoración; abogamos ahora por la continuación de esta lucha al otro lado de la consagración del artista, que nunca debe ser definitiva, sino temporal. Esto es completamente natural, ya que no existen valores absolutos. El valer, como toda cualidad estimativa, es tan variable como nuestro gusto. Las cosas, de por sí, no tienen ningún valor, sino el que, en relación con nosotros, queramos darles; de aquí que la valoración, en los seres vivos, esté en continuo movimiento. En esto se funda la justificación de la revaloración, y aquí surge mi pregunta: ¿Qué queda ya de Wágner, que nos pueda interesar a nosotros?

Estamos ya tan lejanos de esta figura que podemos ver con absoluta indiferencia el porqué de todos sus valores, los reales y los ficticios.

El mismo comienzo de la vida musical de Wágner es ya muy significativo. Wágner no va a ella por un interés verdaderamente musical, sino porque cree que la música puede ser un poderoso medio de ayuda para la filosofía y la tragedia. Así, este muchacho, para quien los estudios musicales eran una verdadera tortura, por necesidades de su teatro, va hacia la música; pero no, ni mucho menos, por estimar en todo su valor, en su valor real, la "cualidad" musical, lo que se ha llamado música musical.

Proyectado en este sentido, vemos cómo lógicamente la primera admiración de Wágner es para Weber; él es quien le descubre que la música puede *expre-*

sar esas ideas, mejor dicho, argumentaciones, absolutamente extramusicales, de sus obras teatrales. Todo el desarrollo del pensamiento wagneriano es un continuo avance en este camino (*Rienzi*, *Lohegrin*, *Sigfrido*), y llegó a avanzar tanto en este sentido que, como Tolstoi mismo comprendió, si la música de Wágner se oyera sin conocer nada de su argumento no podríamos recoger de ella ninguna sensación. Un buen ejemplo en este sentido es cómo logró gustar Wágner a los madrileños. Como su música, fundada en el descripticismo, carece de valor por sí misma, fué necesaria una explicación de los argumentos de sus óperas en los periódicos, y, no sólo de los argumentos, sino también del significado de cada uno de los instantes de sus obras.

Sé que son muchos los que no dudan de que, al menos, hay instantes en las obras de Wágner en que existe la música. Hemos de tener en cuenta que Wágner no es una pieza suelta, sino todo un drama lírico. Al talento de un artista no se le puede juzgar por un trozo afortunado de una de sus obras, sino por la forma en que ha sabido emplearlo en la obra en total y lo que para él realmente ha significado. Es posible que lo que más guste a los wagnerianos de Wágner, sobre todo a los wagnerianos españoles, fuera lo que Wágner mismo consideraría como lo más despreciable de sí.

El criterio de nuestro músico queda desnudo ante nosotros con la estructuración de un drama lírico Berlioz, en los comienzos del wagnerismo, ya vió claro cuando escribía sobre el más grande defecto de este músico, que era no tener en cuenta la *sensación* y "no ver más que la idea poética o dramática que se quiere expresar, sin cuidarse de si la expresión de esta idea obliga o no al compositor a salirse de las condiciones musicales". Y esto decía Berlioz, que, al fin y al cabo, no estaba libre del pecado de narrar con música—poema sinfónico—.

Wágner parte de un principio estéticamente falso respecto de las artes: la

unión de ellas. Nunca llegó a comprender cómo cada una de ellas son completamente mundos aparte. Yo no insistiré sobre este punto, porque créole más que comprendido después de las revueltas, ya pasadas, que originaron tras de la literatura musical, la música pictórica, etcétera; la música musical, la pintura pictórica..., con las que comenzó el retorno a las llamadas cualidades puras de cada arte.

Indudablemente, no puede haber entre dos artes una perfecta camaradería, sino la obligada supeditación de la una a la otra. Wágner supeditó a su teatro la música, llegando a hacerla tan espectacular que no era más que un truco más en el juego escénico. Así tenemos obras de un descripticismo tan grosero como la mayoría de las que hacen a nuestro público entusiasmarse. ¿Y qué diríamos de otro de los "ingeniosos" principios wagnerianos, el *leit-motiv*, factor principal en el aburrimiento y la pesantez de la música wagneriana?

No obstante, Wágner ha cumplido una misión dentro de la historia de la música. Su influencia ha sido bastante fuerte para que podamos encontrarle una justificación histórica, e, indudablemente, junto con la pobreza, disimulada con toda clase de trucos engañosos—el rayo, el fuego, el dios Wotan, el Walhalla...—, hay en esa música factores que han podido hacerla triunfar. Como sugestionadora, encontramos, en primer lugar, la intensidad sentimental de sus obras, aunque, cualitativamente, estos sentimientos no son sino leyendas llenas de trucos escénicos, que emocionan casi siempre por lo violento. Más bien su intensidad de sentimientos es producto de la cantidad de éstos, y no de su cualidad; por esto, por su mismo grosor, por el relieve robusto de sus ideas, puede avasallar nuestro espíritu, y por eso en estos sentimientos hemos de encontrar forzosamente la raíz del éxito wagneriano.

V. SALAS VIU.

Mayo 1930.

Se ha puesto a la venta

EL LIBRO DE ALEJANDRO LERROUX

Las Pequeñas Tragedias de mi Vida

(MEMORIAS FRIVOLAS)

LIBROS PUBLICADOS

LOS HOMBRES TIENEN SED

por ANNA SWANSEA

(CINCO PESETAS)

EDITORIAL ZEUS

La dictadura del proletariado en manos de José Stalin

Dejando aparte diferencias menores, la contienda entre Stalin y Trotsky, culmina en dos puntos decisivos para el porvenir de la Revolución de octubre. Trotsky y Stalin empiezan por defender criterios irreconciliables en política internacional; la idea trotskista de la revolución permanente, choca con la idea de edificar el socialismo en un solo país que defiende Stalin, no muy resueltamente. Por otra parte, Trotsky delata peligros en la evolución interna del Estado soviético, que Stalin percibe con dificultad.

Como es sabido, el stalinismo quiere presentarse como la continuación del pensamiento de Lenin, en sus últimos tiempos. El retroceso que significa la N. E. P. dicen que convenció a Lenin, de que la transformación socialista, había de ser consecuencia de un lento proceso, favorecido, claro está, desde el Poder. Con ello preténdese justificar el hecho que más abulta en la política de Stalin: su falta de seguridad, sus frecuentes desviaciones, a la derecha, unas veces, o a la izquierda, otras, hacia el trotskismo.

Lenin no se preocupó tanto de fijarle un plazo a la Revolución, como de crear un instrumento, el Estado obrero, que le permitiese vencer la resistencia capitalista, y soportar posibles concesiones a la burguesía. Concesiones que, son peligrosas, en la medida que puedan corromper el verdadero carácter del Estado soviético; en la medida que el Estado, de auténticamente obrero, pase a ser un Estado que protege filantrópicamente a los obreros, pero que en realidad se desplaza de la clase social que le dió nacimiento.

No se procedió por mero capricho, al sustituir la complicada organización burguesa, por la sencilla organización soviética. En perfecta consecuencia con las doctrinas de Marx sobre el Estado, producto del antagonismo de clases, la dictadura del proletariado no podía consistir en un relevo de personal, en llenar la vieja colmena de gente nueva; esto sería sentarse en los sillones de la burguesía y acabar—o empezar—aburguesándose. Se echaban los cimientos a un nuevo organismo, más autoritario que ningún Estado, pero que en su evolución, ya no podría llamarse Estado. Porque la dictadura del proletariado al destruir las clases sociales, destruye también el Estado parásito. Había que precaverse, contra una posible evolución del aparato en sentido burgués.

“Justamente—dice Lenin—para evitar que este nuevo organismo se transforme en una burocracia, se tomarán ciertas medidas, que ya han sido objeto de análisis, por parte de Marx y Engels: 1.º

Los delegados, no solo procederán de elección, sino que podrán ser destituidos en todo momento. 2.º No recibirán salarios superiores a los de un simple obrero. 3.º Se procederá inmediatamente a preparar un estado de cosas, en que todos puedan ejercer por igual las funciones de gobierno y superintendencia, de suerte que, pudiendo todos transformarse en burócratas temporalmente, ninguno pueda realmente parar en burócrata definitivo.”

Estos, peligros que pretendía evitar Lenin, los acusa hoy Trotsky, queriéndolos atajar a tiempo. Stalin responde combatiendo la burocracia, con una castrada samocrítica, o con letreros en los tranvías, que realmente no tiene más eficacia, de la que puede tener en Toledo el rotulillo que prohíbe la mendicidad y la blasfemia.

No es menester una gran perspicacia, para ver en Stalin, un hombre inferior a la tarea que le está encomendada. Los problemas le asaltan por sorpresa y determinan los extraños cambios de su política, que él quiere presentarnos con una acrobacia genial. “Cuanto menos comprende los problemas históricos—dice Trotsky con mala intención—tanto más su gesto se cubre de suficiencia. Su ceguera le ahorra el trabajo de mentir.”

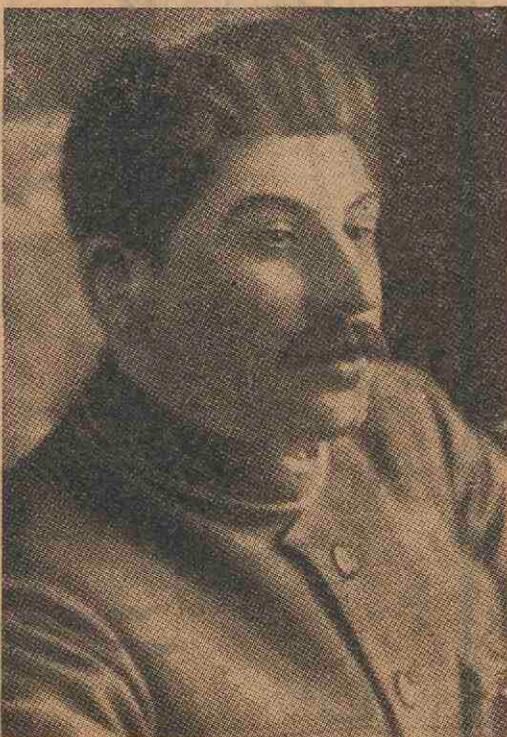
La idea de edificar el socialismo en un solo país, debe hacer felices a los babosos representantes de la reacción literaria. Profesores y periodistas de la burguesía, se sentían vinculados a Stalin,

considerándole un profesor más; esas imponentes relaciones entre el esclavismo y el marxismo que se empiezan a establecer y acompañan de grandes gestos, les hará ver en Stalin, un hombre tan profundo en la política como ellos en la investigación. El criterio que sostiene Trotsky, de la revolución permanente, esto es, “que la U. R. R. S. S. debe vivir indisolublemente ligada al movimiento proletario internacional” les parecerá una terquedad tan absurda que, pasarán a estudiarlo desde el punto de vista del Psicoanálisis.

Pero, hablando francamente, un movimiento de clases, no podrá recluirse por su gusto en un solo país. Semejante proceder sería un suicidio voluntario. Lo natural es que se sienta en todo momento un eslabón de la cadena y la digestión que de este movimiento universal haga cada nacionalidad, habrá de referirse a otros órdenes, que no al económico.

Stalin se inclina, pero no se resuelve, por la edificación del socialismo en un solo país, disparate que no puede defender ningún comunista. Con tan inflada y mediocre teoría, trátase de encubrir un viejo problema de táctica; si llegado el caso, los comunistas, deben actuar solos, con todo su programa, o, si por lo contrario, deben disolverse—bajo pretexto de reforzarse—en los reaccionarios de fraseología avanzada. Posiblemente del fracaso de la Revolución china, tiene mucha culpa la política moderada de Stalin; el Kuomintang, donde había un gran número de elementos no comunistas fué incorporado a la Tercera Internacional por el mero hecho de ser revolucionario. La vida y la obra de Lenin, repudian claramente ese camino. La vida de oportunismo. Sus métodos han sido probados en la más dura experiencia: hicieron posible la Revolución de octubre y la situaron en el período crítico en que se encuentra; hoy es tan difícil continuar la Revolución, como deshacerla. Y Stalin al desviarse del camino, alardeando sensatez no acusa más que incapacidad. También fué la incapacidad, disfrazada de sensatez, pero en dosis alarmantes, quien consumó la derrota del socialismo oficial. Los pobres teorizantes de la Segunda Internacional, a pesar de retratarse, con el puño en la mejilla, para que no se les pudiese negar talento, no consiguieron otra cosa, que ponerse a las órdenes del capitalismo, como hemos visto en la guerra europea, y un ejemplo más reciente y elocuente, nos lo ofrece la conducta que observa en la India, en esa merienda de blancos, el bienaventurado Mr. Ramsay Mac Donald.

L. FERSEN



José Stalin

EL MOMENTO ESPAÑOL

República coronada unos y República conservadora otros, es lo cierto, que en la conservación coinciden la gran mayoría de los políticos y de la Prensa.

Que los políticos de oficio aboguen por una de estas dos ideas para devolver la normalidad constitucional al país no tiene nada de anormal en su conducta, dado que ante la atomía de la masa, que nadie mejor que ellos conocen, la solución les favorece claramente. Pero que la Prensa que se llama independiente y hace gala de moderna y liberal, les secunde, de manera implícita, en esta trascendental cuestión, es triste y denigrante para su función.

La ineptitud de los actuales representantes de la política—de derechas y de izquierdas—en relación con la gobernación del país, es aptitud para aprisionar al pueblo español, privándole de dirección nueva y conquistándolo aún más en su atomización pasiva y secular.

Ciertamente, los pueblos no se elevan ni se salvan por sí solos. Necesitan guías que se adelanten a la realidad creada y tracen otra nueva realidad de síntesis superior humana. Tratar de conservar la *realidad* de un pueblo, conservando su quietud, con principios que no tengan más horizonte que la conservación misma del estado de cosas creado, no es, ni puede ser, la trayectoria vital de la dirección de un pueblo. Tal labor, en todo caso, es la confirmación de su estatismo, la negación de su avance a un estado mejor nuevo. Los pueblos viven siglos y siglos en el marco de lo que fué creación nueva un día. Esta creación, con su devenir interno, fatalmente llega a anquilosarse, y tras la decadencia, aparece con amenazas el desquiciamiento, si no brota una nueva dirección y guía que se imponga y realice otra creación, con factura original, integrando en ella las experiencias de las que le preceden en el tiempo y superando el orden de la convivencia y de la libertad humanos hacia un futuro más perfecto.

Los políticos en nuestro país, sean del matiz que sean, no pretenden llevar a cabo ninguna renovación, sino sólo el mantener la pasividad del pueblo para el futuro en interés de sus bastardos intereses. La *evolución*, en los que de buena fé creen en ella, tiene un sentido falso, ya que no puede hablarse de evolución en un período de crisis aguda, por anquilosamiento general de todos los valores, en el cual el Derecho es un tópico de envergadura estrecha que entorpece y nada crea.

Lograda, en efecto, la República coronada o la República auténtica conservadora, el pueblo, ya "soberano", hace como que interviene, pero no interviene. Tood se lo dan hecho. El cacique es el artífice de la "voluntad nacional", es la "soberanía nacional" misma.

Porque el cacique sigue existiendo con clara raíz natural, que en sociología no

puede negarse, dada la naturalidad con que en todos los procesos sociales, los más son llevados y regidos por los menos, lo que no es óbice para que el caciquismo sea de esencia bárbara, aunque lo consagren de hecho las Democracias políticas como una necesidad de las posiciones económicas y sociales de la clase triunfante, la dueña efectiva del tinglado "democrático". Cacique es todo aquél que se impone por la coacción o el soborno, y en tal sentido, todos los políticos conservadores del sistema social imperante, tradicionalistas y evolutivos en más o

en menos, caciquean burdamente con el afán amoral de obtener mandatos, simplemente, para gobernar por gobernar, sin ninguna idea positiva de colectividad, dentro de la ficción hueca y pomposa que constituye la Democracia contemporánea.

La imitación de la idea, aunque reciente en la historia, ya demasiado vieja, de los Estados constitucionales, al ser tomada por el cacique español de los países "democráticos", no puede por menos de impregnarse del espíritu inferior de nuestra sociedad en los siglos renacentis-



"Jimmy" Thomas el ministro laborista inglés que quiere ser lord.

tas, en relación con los pueblos que van a la cabeza de Europa. Nuestro país vive muerto luego de constituirse la *unidad nacional*. El pueblo de la reconquista es un pueblo que ejercita su libertad sobre sus instintos individuales, siendo grande su predisposición a que lo catolicen por ser, en todo caso, la idea de la *salvación* una continuación psíquica del instinto individual que vela, ante todo, por la conservación propia. Y una sociedad en que los individuos viven con vida para sí, sin vitalidad positiva del instinto social, que une y estrecha a los miembros y prepara la colectividad para la sociabilidad activa y, con ella, la exaltación de la inteligencia a creaciones superiores, evidentemente, no puede ni asimilar siquiera los aires que llegan del exterior con ímpetus de dinamismo y superación humanos. La colonización de América es un cauce que el instinto individual aprovecha vigorosamente con su amoralismo activo. No se desean más que riquezas, dominio, poder, mientras la colectividad se muere. Toda la actividad del espíritu es dogmático-religiosa cuando ya es manifiesta la decadencia de la Iglesia y luchan enérgicamente la ciencia y fé, con irreductible antagonismo. Más tarde, en tiempos de Carlos III, cuando la filosofía en Europa florece y la eclosión admirable y suprema de las ciencias se produce, para los españoles tiene más importancia los picos que ha de tener el sombrero que cualquier enunciado del materialismo filosófico. La sociedad está muerta y espera sólo la llegada del capitalismo para incorporarse, con visible retraso, a la civilización nueva, por lo amoral, de rápida decadencia.

El cacique español, cuando entra a ser el sostenedor de la Democracia política en medio de un pueblo vitalmente atomizado, está vinculado al absolutismo material y espiritual de una dogmática tradición que hábilmente manejado—a a veces con animalidad declarada—mantiene la quietud inferior de la masa entregada sólo al egoísmo pasivo, negador de civilización e increador de vida.

Con tal cuerpo de caciques, hoy republicano-coronados unos, y republicano-conservadores otros por la fuerza de las cosas en un medio político alterado, la "voluntad nacional" ha de traernos de nuevo al Parlamento a toda la antigua política de derechas y de izquierdas con hombres viejos, y nuevos también viejos, pues en el crítico momento por que la civilización pasa, no es nueva la política que hable de cambio en las formas de gobierno, sino la que plantee concretamente, con una nueva valoración del Estado, el cambio en las formas económicas y sociales, en interés de una sociabilidad activa nueva que salve a la civilización de su derrumbamiento y proyecte la vida humana sobre un horizonte superior.

La nueva legalidad estará formada por los parlamentarios que los caciques quieran. La mayoría la dará, sin discusión alguna, el campo sobre la ciudad;

y el campo, sometido el campesino por la dependencia económica, de un lado al cacique, y de otro, a la influencia religiosa que le hace temeroso y resignado, no puede dar más mandatarios que aquéllos que les imponen desde las organizaciones centrales, en las cuales son directores, naturalmente, los caciques máximos o los producidos al margen de la clase, pero en íntimo contacto con ella y todos, con la clase económica dominante.

Semejante mayoría, llamada a forjar la legalidad, sacada del campo, aplastará a la minoría inquieta, que rebulle y anhela una vida más humana en la ciudad. Legalmente habrá República coronada o República auténtica conservadora, la que, amparada ya en la Ley—en el Derecho, que invocan los borregos del lugar común—impondrá el orden, su orden, el orden de los caciques, el orden del capital, mientras el pueblo seguirá viviendo lo mismo, en el mismo estado de inferioridad y de miseria material y espiritual que arrastra por los siglos. El porvenir es claro...

Que los políticos de profesión y los as-

pirantes al oficio anhelan una República coronada a una República conservadora nada tiene de extraño, pero que la Prensa que se llama independiente, con títulos de moderna y liberal, lo pida... dá, en verdad, una idea deprimente, aunque real, de la intelectualidad de la época, a la vez que evidencia la torpe ceguera del capitalismo, que al igual que en Roma, estúpidamente conservando, prefiere destruir antes que facilitar la renovación del medio social en bien del interés general de la civilización y de la colectividad. Pero su naturaleza amoral no le permite ser de otra manera. Así será mientras pueda seguir viviendo.

Por fortuna, en nuestro país existe una minoría nueva y joven, concedora del anquilosamiento en que todo vive, que aspira, con ideas originales y propias, a renovar las cosas de tal modo que los factores generales de la vieja minoría actual dirigente se incorporen a la barbarie del pasado a que realmente pertenecen, llámense capitalistas, políticos o intelectuales.

C. FERGA.

Liga Nacional Laica

Ha quedado constituido en Madrid este organismo, del que forman parte personalidades eminentes de la intelectualidad española. Está ya recibiendo adhesiones y donativos valiosísimos. A continuación transcribimos algunos párrafos de un manifiesto, con el que nos solidarizamos totalmente:

"La triste y especial tradición de nuestra patria es causa de que, aun en este tiempo, sea, por desdicha, necesario defender el derecho de aquellas minorías que no participan de la religión del Estado, o sea la llamada fe tradicional de los españoles.

Con indiferencia, descaro y hasta aplauso social puede no practicar el ortodoxo. Pero ¡ay del que disiente y quiere honradamente dar testimonio, con la conducta, de su disidencia! Si quiere vivir en paz, no puede hablar de ello. Tiene que disimularlo y sonrojarse y poco menos que pedir perdón por su noble conducta. El ambiente de la taimada elegancia burguesa le rechaza. Pero hay algo más grave. Una mezcla de resabio inquisitorial y gusto plebeyo por lo gregario e irreflexivo suele impulsar a la sociedad, y hasta al Poder público, a lanzarse, frenéticos, sobre el disidente que aspira, él también, a ocupar su lugar jurídico junto a los otros ciudadanos. Y en esta persecución no hay medio, por vil que sea, que deje de usarse: calumnia, desafecto, vacío, molestia pequeña o grande y, en fin, la franca y bárbara arremetida: privación del cargo público y condena criminal.

Quien en España manifiesta, en una u otra forma, no ser católico, si no ha conquistado antes una alta posición eco-

nómica, social o intelectual, ése está expuesto a las mayores miserias, a medida, sobre todo, que es más pequeño el lugar de su residencia. Frecuentes son los casos que salen al público: quema de libros; cierre arbitrario de las escuelas; causas criminales por pretendidos sacrilegios, según leyes injustas; persecución a pedradas contra familias protestantes...; pero los que pasan en silencio e ignorados, por falta de protección, son innumerables. Todos los disidentes perseguidos, protestantes e israelitas españoles encontrarán amparo y defensa en esta Liga.

No pide la Liga tolerancia, siempre algo depresiva, sino estricta justicia. Y allí donde ésta no alcance, en vez de tolerancia, respeto; recíproco respeto para todas las creencias y ante todas las manifestaciones religiosas. Respeto más obligado hacia el disidente, porque se halla inerme. La ortodoxia oficial no podrá exigirlo, con plenitud de razón, mientras goce el favor exclusivo de injustas y amenazadoras sanciones coactivas.

tado un régimen jurídico por encima de La Liga quiere, por tanto, para el Estado la Iglesia, de toda casta, de todo privilegio tradicional, única forma de que el ciudadano pueda sentirse libre y en armonía con el derecho de todos. Trabaja para que esta fe jurídica sea sentida y propagada hasta la aldea más remota y de más arcaico espíritu. Sólo así podrán aprender los españoles a convivir decorosa y noblemente, libres en su fuero interno, bien articulados dentro de la comunidad civil. Sólo así se difundirá la cultura, premisa esencial para la libertad económica y de todas las esferas."

VIDA ESPAÑOLA

CANARIAS

EL P. N. DE T. EN LAS PALMAS

¿Qué ha hecho este repugnante organismo dictatorial en nuestra ciudad que —en alguna manera— tienda a favorecer el turismo? Como en ninguna parte de España este burocrático organismo ha hecho nada, aquí, en Las Palmas, no iba a ser menos y naturalmente tampoco ha logrado apuntarse el más insignificante triunfo. Ni ha fomentado el turismo. Ni ha evitado los ascentrales "líos" entre chauffeúres e intérpretes. Ni de nuestras islas han salido más fotografías con destino a publicaciones *ad hoc* que las que antes—de existir este nefasto organismo—salían. Un periódico tan inclinado a la vaselina adjetival como "Diario de Las Palmas" recientemente protestó de este abandono del P. N. de T. En el número de ¡40! páginas extras de "El Sol", dedicado a loar el turismo por España, Canarias había sido completamente abandonada. A no ser por la atención que un canario—Jenaro Artiles—le prestó, se hubiera quedado—sin duda—sin hueco en las ¡40! páginas de "El Sol".

Sin embargo, señores, todo no ha de ser censura. El P. N. de T., ha hecho en nuestra ciudad una gran labor: la publicación de unos artículos de D. X. Peipocho sobre el menaje hotelero. (¡Una risa!). Menos mal que el flamante organismo de Sangroniz y Cía. tiene a su servicio personas de condición humorística. Peipocho—sin duda—es una de ellas. En sus artículos—¡ah, ah, ah, oh, oh!—indicaba a los dueños de los hoteles la manera de montarlos. Como había de amueblarse el cuarto para recién casados. Como el de la señora solterona. Como el del joven juerguista y tronera. Etcétera, etcétera. ¡Formidable el informe del "técnico" hotelero Sr. Peipocho! Seguramente a estas horas—¡cómo no!—el P. N. de T. habrá dado órdenes para que pase a perpetrarse en caracteres de imprenta. En realidad: ¡lo merece!...

Los dueños de hoteles locales—nos han dicho—que desde el informe técnico de este técnico han aumentado la lista de pasajeros de una manera inusitada. La cosa no era para menos, ciertamente.

Veamos ahora el reverso. Mientras el Estado, por mediación del llamado a desaparecer P. N. de T., paga espléndidamente a un Sr. Peipocho, niega rotundamente una mísera subvención—para atender a sus muchas necesidades—a la Universidad de La Laguna. Recientemente reclamó este centro de enseñanza el apoyo oficial para dotar su Sección de Ciencias de un laboratorio Químico decente. Sin cuyo requisito es muy posible que un día la "Gaceta" nos sorprenda con una disposición suprimiendo la Sección de Ciencias. ¿Se ha concedido la reclamada subvención? De ninguna ma-

nera. Eso sería tanto como ir contra la costumbre general ya pre-establecida para estos casos.

Sin necesidad de remontarnos a la desvergonzada cifra de ¡30! millones que el nefasto P. N. de T., se ha engullido en hacer una propaganda que nadie ha visto, consideremos el respiro que sería para nuestra Universidad que el Estado se decidiera a meterle puertas adentro—solamente—un par de mil pesetas cada mes. Pero, por lo visto y comprobado, el Estado prefiere que nuestra Universidad—instalada en un desvencijado caserón—lleve una vida miserable. Mientras tanto—en la acera de enfrente—se alimenta burocráticamente a una reata de funcionarios del repugnante P. N. de T. El contraste no puede ser más espantoso.

La Universidad lagunera, a pesar de su vida precaria, ha dado—y dá todos los días—frutos palpables. El P. N. de T., a pesar de la inversión de ¡30! millones de pesetas, no ha hecho nada palpable. ¿Qué hace el Gobierno que no le dá la patada final al uno y reivindica a la otra: a la Universidad?

A. HURTADO DE MENDOZA.

A la juventud de la isla le toca el valor universal de la época presente: el sentido profundo del orden, de la justicia y serenidad. Solidificar los nuevos elementos incorporados. Encontrar el rumbo puro de la misma isla. Su arquetipo.

Una isla no se baraja al azar, como no se puede barajar al azar la capota celeste. Todo obedece a una íntima y potente gestación, a una unidad, a una seria y rítmica marcha. Todos estos valores profundos, geográficos, botánicos, valorados en los más puros cuadros del moderno racionalismo, deben ser puestos en marcha por las juventudes de la isla. En arte como en política no hay arrepentimiento posible. Es absurdo creer en un rápido escamoteo de sentido en toda la gente que asistió, abiertas las más íntimas placas de su fisiología, a los paisajes pasados de arte y política. Es querer convertir un reloj en barómetro. El sentimiento nuevo, el moderno concepto de todos los viejos valores naturales, es un fenómeno tan autónomo y hermoso, que no admite guía, aunque venga investida de los más puros caracteres virgilianos. Nada, nada en absoluto que pueda percibir la vista intercambiada de los mozos puede ser suplantada. Se ha roto toda una vieja y tópica experiencia. Se ha roto hasta el mismo paisaje.

Esta rebelión de los gustos no puede seguir un camino antiguo pasivamente. Para comprender claramente esto, es de todo punto necesario el sereno trompeteo, despertando en los hombres la profunda longitud de inteligencia y sentimiento. Es necesario vibrar, como vibra hoy el occidente y por contagio, por eco, el oriente redescubierto.

Es este el camino de la juventud insular. Y ahora dos temas de reconstrucción, sobre dos planos eternos: la ciudad y el campo. El campo se ha venido falseando. Acaso sea dura la frase. El campo ha respondido hasta ahora a los principios impresionistas de la pintura, con árboles difusos. El paisaje ha soporado la aclimatación arbitraria de flores de todas las latitudes, en medio de la platanera, base de una prosperidad agrícola que amenaza quedarse destruída por sus propias consecuencias: el transporte. Gasolina, autos y accesorios, exportan con exceso los rendimientos de la agricultura. El paisaje ha venido ondulando así por dos fuerzas: lo bello (flora, clima, naturaleza turística) lo económico: (frutos, naturaleza agrícola) Flor y fruto: he aquí un resumen. Flor—importación: Turismo. Fruto—exportación: agricultura. Creo que hemos llegado a la síntesis de nuestra personalidad regional. Consecuencia de flor y fruto: el puerto. En el puerto se ha centralizado en estos últimos años toda la dinámica de la política y el arte. Pero veámos, ¿responde claramente el puerto a los valores íntimos de la isla? La política y el arte del puerto son el friso a la arquitectura de la isla. Pero ¿está la isla concreta, evolucionando con sus íntimos valores volcánicos, levantada sobre parcelas racionales? No.

El tema es hondo, serio, enraizado en cauces profundos. Más allá del aborigen isleño. Más allá de su sentido humano. En las fuentes caóticas de nuestra geografía. En los principios etnográficos de nuestra personalidad atlántica. Ascendiendo hasta hoy, lleno el puerto de banderas y aires cargados en su ruta trasatlántica de finos y agrios olores, de culturas trasoceánicas.

Es necesario arrancar del fondo cargados de cosmos. Sobre la ciudad y el campo—los dos temas eternos—la reconstrucción. En la ciudad el valor arquitectónico. En el campo el valor agrícola y floreal. Pueblo el nuestro sin arquitectura propia (la llamada arquitectura no obedece a su exigencia climatológica, según probaremos en otro artículo), este pueblo necesita forjarla, incorporando todas las posibilidades occidentales de la moderna arquitectura. En el campo la revisión agrícola, el control de los cultivos y su verdadera naturaleza floreal: el cactus (véanse los notables experimentos del Dr. Burchard).

EDUARDO WESTERDAHL.

Mayo de 1930.

COSAS DEL FONOGRAFO

A todos mis amigos de la nueva masonería fonográfica.

ADVERTENCIA.—Ante un espejo, por ejemplo, el salvaje se ciega a todo utilitarismo. Y se sobrecoge de terror sagrado. Esto, por mucho que presumamos, nos ocurre también a nosotros cada vez que tropezamos en un nuevo gran invento. Pero nosotros enmascaramos todo lo posible nuestras puras reacciones. Decimos que "estamos de vuelta". Y hasta lo creemos. Pero la verdad es que si no somos tan ingenuos como los salvajes, nos equivocamos, en cambio, tanto como ellos. Porque, ¿cómo reaccionaríamos, todavía hoy, ante la aviación, la radio o el cine? ¿Vislumbramos, acaso, un verdadero y definitivo sentido? ¿No nos sentimos todavía presa de su misterio? ¿Qué significa, si no, nuestro entusiasmo?

A estas preguntas contestamos siempre con petulancia. Y la razón enmascara la reacción. Aunque, a la larga, ésta se descubra.

Yo quiero, con las notas que siguen, facilitar ese descubrimiento a los hombres, que, dentro de unos siglos, se ocupen de nosotros. Para ello dejaré en el más absoluto automatismo todo el salvajismo mío, capaz de reaccionar ante el fonógrafo. Cerraré los ojos al futuro. Me limitaré al momento presente, sin pretender adivinar las verdades venideras. Y, en una palabra, "haré el indio" lo mismo en la región de la filarmonía que en la de la técnica musical, igual como hombre que como músico.

Y, mientras, que continúen equivocándose todos esos que pretenden hablar del fonógrafo desde un plano superior.

MI CASA, CONSERVATORIO. — Cómo han descendido las clases de Armonía, Composición, de Instrumentación, de Interpretación.

Los más inteligentes y sensibles intérpretes, al servicio de las mejores músicas, están aquí, al alcance de mi mano, sumisos durante el día a mi capricho de auditor. Las grandes orquestas de todo el mundo, con los mejores directores, no ocupan mayor espacio que un libro, que el atlas, donde aprendí de chico geografía. Esta habitación abarca los más lejanos confines del mundo filarmónico y se convierte en el más aireado y más selecto conservatorio.

HOY Y SIEMPRE.—También el valor "hombre" ha bajado rápidamente. Ahora ya no lloraremos con desesperación la muerte de los grandes intérpretes actuales, puesto que todos tienen el cuidado de pasar sus interpretaciones vivas por delante de este aparato fotográfico para música. Con semejante triunfo de la pe-

rennidad, lo fugaz alcanzó, al fin, su liberación y su vitalidad máxima. Y hoy lo que es de Hoy. Y ahora ya podremos pedir "nuestra música de cada día."

GEOGRAFÍA.—El fonógrafo alcanza una importancia geográfica tan grande como las alcanzadas por el cine o el avión. El nos hace comprender los "viajes alrededor de mi cuarto." No se precisa más que un disco y una aguja que escrute en él. Con eso, sólo con eso, nos vamos al lado de Chaliapin, de Mengelberg, de los Flonzaley, de Wada Landowska. Con eso, yo, lucense, bailo imantado por los trombones de los "jazzs" más cosmopolitas: Ted Lewis, Jack Hylton, Pau Whiteman. Y con eso—velador giratorio de un nuevo espiritismo—llegan hasta mí los más líricos muertos anónimos de la raza negra.

NUEVOS VICIOS.—Estos placeres fonográficos tienen mucho de paraíso artificial. Son la morfina del porvenir. Mejor dicho, de un presente de mucho porvenir. El opio de los jóvenes deportistas.

La aguja se ha modificado. Ya no perfora epidermis, ni sostiene bolitas somníferas en térmicos ritos. La aguja hoy queda asimilada a la máquina. Aséptica. Inocua. Se limita a encender—rozando con el disco—el fuego intrascendente de estos pebeteros de música. Y en un humo invisible y un aroma inidiro, nos lleva a las más lejanas e íntimas regiones.

ACERO Y MADERA.—"Todo es cuestión de agujas", dirá el buen fonografista. Y, en efecto, la aguja de acero, tersa, brusca, optimista y sin profundidades, nos llena la habitación con torrentes niquelados de luz diurna. Música un poco a flor de disco o, si queréis, de diafragma para afuera.

Pero utilizad luego la aguja de bambú. Y veréis cómo la música se vela de morriña, de saudade, de cafard, de spleen, de dor, de jal, de blúes (el fonógrafo es polígota), cómo van naciendo perspectivas con cuarta dimensión—como selvas de ecos—y poblándose de líricos bambúes. La voz del negro alcanza así más lejanías y suavidades de esclavo. Toda arista—rítmica, melódica o armónica—sufre la suprema sincopación—síncopa de la síncopa, al borde de la curva—de un biselado sentimental. En fin, amigos; hincad la aguja de bambú sobre un disco cualquiera y la habitación se os llenará de sombras.

Es entonces cuando se alcanza el corazón de la "música de cámara."

MÚSICA DE CÁMARA.—El supremo milagro del fonógrafo es tal vez este convertir en música de cámara aun las más colectivas músicas. Beethoven, Wágner, todos los músicos que hayan podido soñar con el templo de la Música, se convierten en los seres más confidenciales si se les coloca sobre la platina de un fonógrafo. Algún día... Pero no profe-

ticemos. Basta con esta realidad. Hoy son ya muchos los que, para saborear la música se encierran en su casa.

SIN EMBARGO.—Pero el fonógrafo sabe no ser trascendental. Lo sabe tan perfectamente como la mujercita que nos acompaña al cine. O como esa otra con quien hacemos diariamente una hora de flirt. Ni anula ni se anula. En plena ciudad, abrid las ventanas mientras canta un disco: sin la menor sorpresa, seguirá cantando como todos los demás pájaros modernos. Ni él estorba a los otros, ni los otros le estorban a él. Por eso puede hacer estupendos duos con la máquina de escribir. Y, sin duda alguna, siente gran simpatía por los ventiladores.

La música, gracias a él, dejó de ser una señorita remilgosa. Y hoy es la amiga que mejor nos suaviza las hojas de afeitar. Y su utilidad la sorprendemos en algunas películas yankis: cuando el obrero o la obrera llega a su casa, pone en marcha un disco, y así, "en cadence", se ducha y se prepara la comida.

AMISTAD.—Tal recuerdo de múltiples escenas norteamericanas puedo concretarlo en varios momentos de la extraordinaria película "Soledad". Sus dos protagonistas no estaban absolutamente solos. Cada uno tenía por único compañero esta casi humana máquina. El disco era para ellos—como pronto lo será para todo el mundo—el imprescindible amigo que sabe con-padecer nuestra alegría o nuestro dolor. Repito: los protagonistas de "Soledad" no estaban absolutamente solos. Para sus horas irremediablemente "blúes", nunca faltaba un vals—"Always"—o un "blúes".

GREGUERÍA.—Quizás haya espíritus excesivamente delicados a los cuales repugne comprar un fonógrafo, por todo lo que ese acto tiene de comercio de esclavos.

PARA LAS MUCHACHAS.—Como bajo el subconsciente recuerdo del claro de luna, que ya ninguna de vosotras conoce, contempláis un poco en éxtasis el diafragma sobre el disco: únicas luna y noche líricas, respectivamente, en este nuestro tiempo trepidante de anuncios luminosos.

LA FONOGENIA.—No siempre que se hable de música fonográfica ha de sobreentenderse "la música". Ojo.

Con el tiempo será posible—no lo sé—que el micrófono recoja fielmente todos los sonidos. Pero hoy todavía les imprime una cierta deformación según oscuras y geniales afinidades electivas. Algo como lo que hace el objetivo cinematográfico, de cuyos gustos depende todo el arte de intérpretes y directores. Así, ya se habla de instrumentos, de voces, de directores de orquesta, de músicas, en fin, "fonogénicos". Y en ese misterio de la fonogenia vence la personalidad seductora del fonógrafo, ese maravilloso sabor nuevo a cuya busca están ya condenados todos los finos catadores de la fonografía.

SOBRE BERNARD SHAW

II

No es fácil decir si las piezas teatrales de Bernard Shaw pueden calificarse expresamente de dramas o de comedias, porque en ellas se confunde, a veces, lo cómico con lo serio y hasta con lo trágico. Ha clasificado sus comedias en dos grupos: piezas agradables y piezas desagradables. Algunas de estas últimas pueden parecer ligeras y hasta divertidas a un espectador que no sea capaz de ahondar en la intimidad de los personajes.

En el prefacio de "*Non Olet*" explica por qué llama a esta comedia desagradable. "La califico así—dice—porque en ella presento a la respetable burguesía y a su refinada prole cebándose en los pobres como las moscas se ceban en la basura."

Observador sagaz, anatomista hábil e implacable, se abre paso con el escalpelo hasta llegar al fondo del alma humana, que apenas tiene secretos para él. Los móviles que determinan los actos del hombre son bien conocidos por el dramaturgo. Esta observación profunda y minuciosa de las personas le ayuda a presentar a éstas en sus comedias con un realismo tan abultado y crudo, que contrasta violentamente con la realidad convencional, tan fácil de hallar en las obras de otros dramaturgos. Porque la verdad es que en el teatro se representan con harta frecuencia tipos y escenas de la vida social, que es una vida falsa, en la que aparecen las personas, no como son en realidad, sino con su verdadero temperamento velado y deformado por el prejuicio y la hipocresía. Esta es la gran diferencia que existe entre la realidad que suelen mostrarnos la mayoría de los dramaturgos y la realidad que nos ofrece Shaw. De aquí también que ciertos críticos reputaran como falsa la visión que Shaw tiene de la vida, sin pararse tal vez a considerar que sus personajes no son muñecos movidos por los convencionalismos sociales, sino seres instintivos, que se expresan libremente y que han roto toda relación con los prejuicios tradicionales.

En su teatro no aparece el hombre dividido folletinescamente en dos grupos: el de los ángeles y el de los diablos; el de los buenos sin tacha y el de los malos hasta la monstruosidad. Bien sabe él que la realidad no es esa, y que en todo individuo se da con frecuencia el claroscuro. Por esto vemos cómo sus personajes son buenos en ocasiones, mezquinos en otras, generosos y apacibles a ratos y a ratos también, interesados y violentos. Pero siempre sinceros. Son criaturas fielmente copiadas del natural y despojadas del pesado lastre de las rutinas sociales. Es decir, que Bernard Shaw trasplanta a sus comedias, con un verismo portentoso, hombres y mujeres vivos, de carne y hueso, mas no como suelen presentarse an-

te los ojos de los demás, sino como son íntimamente. El espectador comprende en seguida que tiene ante sí seres auténticos que hablan y obran como tales en todo instante, aunque empleando una libertad y un desenfado que, por desgracia, aún no ha llegado el momento de emplear en el trato con los otros. Reconoce en aquellos personajes su propia intimidad, y por eso, sabe que no son el producto caprichoso de una mente arbitraria.

El autor de *Cándida* sigue el mismo procedimiento cuando presenta en sus obras al personaje histórico; presenta siempre; al hombre superior, ciertamente, pero hombre al fin, a pesar de su superioridad. Y así, el Bonaparte de *Los despachos de Napoleón* se nos aparece como un tipo extraordinario, sagacísimo, pero profundamente humano y nada legendario o sobrenatural. El César de su comedia *César y Cleopatra* no es tampoco una figura altisonante y convencional, sino el hombre de poderosa inteligencia y de voluntad rectilínea, aunque se tiñe las canas con un menjurje que le prepara Cleopatra. A nuestro juicio, estas figuras no pierden grandeza en el teatro shawiano, sino que, por el contrario, despojadas de todo lo manido, se nos muestran como superhombres, pero también a veces como seres de carne y hueso, sujetos a la limitación de la vida y enormemente sugestivos por el hábito humano que se advierte entonces en ellos. El espectador que asiste al teatro libre de prejuicios y no lleva en la mente un cliché de estas figuras hecho de antemano por otros, encuentra admirable la labor de Shaw, que consiste en ofrecer una visión del personaje legendario, desprovisto de la perspectiva histórica, obrando como debió obrar en la realidad de su existencia, y no como un figurón inexpresivo, sin calor de humanidad. Pero, en cambio, el espectador prejuiciado, sin independencia bastante para concebir a los grandes hombres de la historia de un modo distinto al que le han enseñado a priori, se desconcierta y se indigna ante esta visión original.

Ya hemos dicho que en el teatro shawiano encontramos con frecuencia junto a lo cómico lo serio, y que en un mismo personaje podemos encontrar la grandeza confundida con la mezquindad. En *Pigmalyón* preguntan a un vagabundo, que tiene sus ribetes de filósofo: "Pero, hombre, ¿usted es un sinvergüenza o una persona decente?". Y él responde muy serio: "Señor, yo soy mitad y mitad, como todo el mundo."

"En mis comedias—dice—no se verá usted contrariado y aburrido por la felicidad, la bondad, la virtud, o por el crimen y lo novelesco o cualquier otra bagatela por el estilo. Mis comedias tienen solamente un tema: la vida; y una sola cualidad: el interés en la vida. Pero el aficionado al teatro ha perdido todo sen-

tido de la realidad y de la insinceridad del drama novelesco. Toma la naturaleza humana puesta en escena por la verdadera naturaleza humana, mientras ésta es su amarga sátira. Y el resultado es que cuando yo pongo en escena la verdadera naturaleza humana, cree que me burlo de él... En realidad, escribo simplemente historia natural, poniendo cuidado en ello".

Bernard Shaw ha utilizado la risa como un arma para imponer sus ideas rebeldes, sus teorías subversivas. Del mismo modo que a los niños se les promete una golosina para purgarles sin que protesten, él hace reír al público, y cuando menos lo espera éste, burla burlando, lo sacude y lo inquieta con una idea penetrante, de esas que obligan a pensar al más reacio o indiferente. Ha hecho con los públicos, que tienen mucho de infantilismo, lo que se hace con los niños: primero, la golosina; después, el purgante. Con razón ha podido escribir: "Si el público inglés me hubiese comprendido, me habría hecho beber la cicuta."

Hace de la sátira el empleo más justo y razonable, esto es, trata de mejorar a las gentes poniéndoles ante los ojos, en el más descarnado ridículo, las pasiones bajas, los egoísmos pequeños, las acciones rastreras. No rehusa como otros, por temor a faltar al buen gusto, el poner en la picota todo cuanto hay de deleznable en la naturaleza humana.

¡Cuántas cosas sagradas y respetadas por la sociedad sufren un rudo vapuleo al caer bajo el dominio de su pluma! El honor caballeresco, por ejemplo, que ejerce una influencia decisiva sobre tantos miles de cabezas huecas, es para él una de tantas palabras pomposas, pero faltas de contenido. ¿Qué se entiende, entre la gente, por una persona honorable? A muchos les basta la riqueza para otorgar este calificativo; otros designan como sujetos honorables a quienes pueden lucir en el pecho un buen surtido de quincallería reluciente; no falta, tampoco, quien reputa como tales a farsantes de tomo y lomo. Es demasiado grande el número de tontos y de serviles para poder tomar en serio esas cosas. Hay jugadores del "gran mundo", pongamos por ejemplo de personas honorables, que ponen término a su vida por no poder pagar una deuda de juego, de esas que se llaman de honor. A esa farsa anacrónica que es el duelo, se le llama por otro nombre lance de honor. (Unamuno le llama irónicamente "honor de lance"). Y mientras el desafío siga siendo cosa de caballeros se dará el caso peregrino de que un degenerado que sea un buen espadachín, tendrá más probabilidades de ser honorable que una persona decente que no sepa tirar las armas.

Cuando un sujeto seduce a una muchacha y luego no se casa con ella, dice la gente que está deshonorada. Shaw dice,

a propósito de esto, en su comedia *Hombre y superhombre*: "Cuando esta mujer cumple con el fin para que fué creada, decís que ha perdido su honra. Le cerráis todas las puertas cuando, precisamente, debíais abrirlas. Y aunque sabéis que el seductor es un canalla, queréis que se case con ella aunque la haga desgraciada, porque lo único importante para vosotros es quedar bien con la sociedad y lavar esa mancha caída en vuestro honor... Pues bien; yo os digo que éso es inhumano y que estáis rematadamente locos."

Bernard Shaw nos dice a lo largo de su obra, entre otras muchas cosas: la miseria es desagradable. El peor delito que puede cometer un hombre es resignarse cobardemente a ser un andrajoso. Hay que llevar a la sociedad presente a un ré-

gimen socialista, sin vagos ni parásitos, y en el cual el hombre, por medio de su trabajo, debidamente remunerado, se desenvuelva bien en el aspecto económico.

La sociedad actual padece dos enfermedades mortales: la memez y la hipocresía. Los más inmorales acaparan la moralidad y cometen a su amparo toda clase de desafueros. En un régimen capitalista, es el más bajo interés lo que motiva la mayoría de los actos, y cada cual busca exclusivamente su medro personal. Precisa atenuar ese egoísmo mezquino, ya que no parece posible eliminarlo por completo. Hay que buscar y desear la lucha, pero en otras condiciones, sin antifaces, de una manera más noble y franca que la actual. Pero mientras las caretas no caigan y siga el reinado de la farsa y de la hipocresía, todos los espíritus sinceros

proclamarán con orgullo a los cuatro vientos su "inmoralidad" y su "cinismo."

No faltan críticos exquisitos ni estetas refinados que encuentran el teatro shawiano excesivamente doctrinario y falto de arte y poesía. Hay que ser un poco míope para ver las cosas de este modo. Porque Bernard Shaw ha sabido sortear hábilmente, en la mayoría de los casos, gracias a su genio, el escollo que supone siempre la tendencia doctrinal y moralizadora que suele descubrirse en sus obras. Pero, ¿puede afirmarse que éstas son antipáticos tratados de moral indigesta? Es indudable que, en último término, el teatro de Bernard Shaw llena cumplidamente el fin de todo teatro bueno: deleita, enseña, hace sentir y, sobre todo, pensar.

FRANCISCO PINA.

Inteligencia y Trabajo

por Antonio Abaunza

Nunca he creído que pudiera armarse una argumentación defensora del socialismo comunista, apoyándose en los conocimientos que la Biología nos presta. Ciencia de jerarquías, de valorización de planos, de cristalización de fases distintas y distantes en el continuo devenir de la materia viva, la Biología reconoce la desigualdad como fuerza de ley al crear las diversas especies y los diferentes individuos. Y el sacrificio del más débil converge al fin primigenio del destino del más fuerte. Es la selección natural que permite la supervivencia de las minorías.

El momento comunista de la humanidad—si lo hubo—pasó. Quizás fué cuando en la mentalidad primitiva no había hecho aún su aparición la influencia diferenciadora del intelecto, cuando los hombres vivían en un estado de hordas sin organizar, como quiere Wundt. Quizá entonces vivieron los humanos el ideal comunista en su sentido más pristino. La psiquis de los hombres respondía a un contenido "standart", integrada única y exclusivamente por valores instintivos. Valores instintivos que forman el núcleo central de la personalidad y que en el desenvolvimiento histórico de la humanidad, se van rodeando de diferentes estratos, que decantándose en el transcurso del tiempo, dan lugar a las formas más puras del pensamiento humano, tan diversas en su conjunto. Estos diferentes estratos que adquiere la especie a través de los individuos—de las generaciones—marcan el momento de la dehiscencia de la humanidad, de los moldes de vida instintiva—y por ende de los moldes comunistas. La inteligencia se convierte de esta forma en el colaborador más poderoso de los instintos. Y es que no podemos olvidar que la razón de ser biológica que anima la finalidad de todo organismo—en fun-

ción del individuo y de la especie—se abraza en los instintos de conservación y de reproducción. Nucleo que brinda—por su uniformidad, una formulación biológica del comunismo.

El hombre concreta en el tiempo este instante del orto intelectual. Es el mito de la serpiente que nos franquea el sendero del bien y del mal, símbolo exacto del deseo de ser fuertes, —"como dioses"—, que late en el fondo del sér humano. De esta forma se resume en un instante crítico, la evolución conseguida por la labor de siglos. La diferenciación intelectual acusa potentemente la personalidad—en el sentido individualista—y el equilibrio instintivo desaparece, dando lugar a la lucha por su supervivencia. Y es Jehová quien lanza la maldición eterna a la lucha que se inicia: "Ganaréis el pan con el sudor de tu frente", especie de tributo que el hombre paga al resto de las formas biológicas, cuya existencia transcurre en el nirvana del "no conocer". Y el pecado original, de ser inteligente (en un sentido conceptual), "de verse desnudos", es lo que le hace temblar al hombre, al oír la voz acusadora de su conciencia que percibe oscuramente las fronteras de su poder, en un límite finito: columnas que sostienen el "non plus ultra", más allá de las cuales se agotan las fuerzas humanas en la creación de lo divino.

Es por esta razón que la inteligencia maldice el trabajo. Sobre todo, —¿por qué no únicamente?—el trabajo que necesita de la cooperación intelectual. Y entre los maldicientes hemos de comprender sobre todos; a aquéllos—la mayoría—que no poseen por insuficiencia exógena o endógena, una capacidad necesaria de lucha.

En ese batir incesante entre lo que somos y lo que queremos ser, nuestros instin-

tos y nuestra inteligencia se encuentran del lado de acá y del lado de allá de la línea divisoria entre el placer y el deber, es decir, el dolor. Nuestros instintos buscan satisfacerse empleando el camino del menor esfuerzo, camino que muchas veces se halla cortado a pico por la realidad. Y así como el hombre inteligente intenta salvar esta solución de continuidad tejiendo un puente con la malla de su trabajo, el hombre débil o se detendrá al borde del abismo, o seguirá corriendo a estrellarse contra el acantilado de la otra orilla, de la realidad. Cuando no, se aprovechará del esfuerzo ajeno.

Y el burgués, satisfecho, pasará sus instintos sintiéndose potente. Sentimiento falso, tras cuya máscara se alberga un espíritu mediocre. Pero el fin biológico está cumplido.

Por eso el socialismo comunista está situado más allá del terreno de la Biología, en el de la Inteligencia. Y si en la evolución progresiva de la Humanidad, consigue el hombre—ingénere—potencializar su inteligencia hasta colocarla al margen de sus tendencias instintivas, aunque a su servicio (como la máquina que arrastra los vagones), aquel instante será quizá el segundo momento histórico comunista del mundo, momento histórico intelectual, como biológico fué el primero.

Habrà llegado el instante en que el hombre funda el sentimiento de placer en el determinismo del deber. Inteligencia reservada hoy a una minoría de hombres fuertes.

Junio de 1930.

La quincena internacional

EDITORIAL

LA LIBERTAD DE LA INDIA

Cuando por la fuerza misma de las cosas la campaña de resistencia pasiva se ha convertido en una lucha sangrienta en la India, aparece el primer tomo de la Memoria redactada por la Comisión Simón. Es ésta, como se sabe, una Comisión parlamentaria, formada por representantes de los tres partidos ingleses: dos liberales (su presidente, Sir John Simon, y su asesor financiero, Sir Walter Layton), cuatro conservadores (Lord Burnham, Lord Strathcona, el coronel Lane Fox y E. C. G. Cadogan) y dos laboristas, ambos miembros del actual Gobierno (el comandante Attlee y Mr. Hartshorn). Fué instituída en cumplimiento de la promesa hecha en 1919, cuando al introducir las reformas administrativas en la India quedó estipulado que a los diez años se nombraría una comisión para que examinara los resultados alcanzados por dichas reformas y la posibilidad de ampliarlas y extenderlas.

En la India se criticó severamente la composición de este organismo, porque no incluía ningún indio. La respuesta británica fué que ello no había sido posible, por tratarse de una comisión parlamentaria; que por otra parte su misión había de limitarse a investigar y aconsejar, y que se daría toda clase de facilidades a la opinión india para expresarse antes de tomar decisión alguna. Tal respuesta no satisfizo a los nacionalistas indios, que organizaron el *baycot* de la comisión. La Asamblea Central y el Parlamento de las provincias centrales se negaron a nombrar un comité para colaborar en su labor. Los otros ocho Parlamentos de la India, sin embargo, así como el Consejo de Estado, cooperaron con la Comisión Simón.

En el curso de sus dos viajes a través de la India, este grupo de hombres de buena voluntad ha recorrido cerca de 35.000 kilómetros; ha estudiado en sus menores detalles la vida del país, en el campo y en las ciudades; ha analizado las condiciones sociales y políticas reinantes en aquel vasto continente, que se extiende desde las nieves perpétuas hasta las selvas y los mares tropicales; y publica ahora en su Memoria el resultado de su dilatada investigación. Sus conclusiones sólo aparecerán en el segundo to-

mo, que ha de ser publicado el día 24 de este mes; pero desde ahora se sabe que han sido redactadas, lo mismo que el resto de la Memoria, con unanimidad total de sus miembros. Es ésto un hecho notable, y que permite considerar además la actitud adoptada por la Comisión Simón como un reflejo exacto de la actitud del pueblo inglés en conjunto, frente a los graves problemas planteados a la vez para la Gran Bretaña y para la India.

Sin que podamos hacer aquí un análisis detallado de los puntos más salientes de la Memoria publicada señalaremos que en primer lugar se reitera en ella la declaración formal de que al fin de la política inglesa en la India ha de ser la realización progresiva de un gobierno responsable y autónomo, como parte integral del Imperio británico: es decir, el pleno Estatuto de Dominio. Pero se añade que esta autonomía "sólo puede ser lograda por etapas progresivas."

Los motivos que inspiraron esta advertencia se desprenden de la detallada descripción subsiguiente que se hace del estado en el cual se encuentran hoy día los pueblos de la India. La pobreza y el analfabetismo en que se hallan en su mayoría, en brutal contraste con la cultura refinada o la fabulosa opulencia de una minoría ínfima en número; el estado de semi-esclavitud de las mujeres; las rivalidades y disensiones entre musulmanes e indostánicos y el sistema de castas son otros tantos obstáculos al progreso, cuya desaparición depende ante todo de los mismos indios, en opinión de la Comisión. Esta, reconociendo la importancia capital de la influencia de la mujer en todos los aspectos de la vida social, declara además que "la clave del progreso se halla en manos del movimiento femenino en la India, y los resultados a que puede llegar son incalculables. No es exagerado decir que la India no podrá alcanzar la posición a que aspira en el mundo hasta que sus mujeres desempeñen el papel que les corresponde como ciudadanos instruídos."

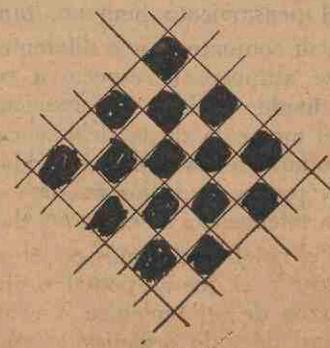
En estas columnas, y combatiendo la actitud—que juzgábamos un tanto pueril y sentimental—de ciertos comentaristas bienintencionados, hubimos de recordar la existencia de aquellas barreras, que todavía separan a la India de su anhelada, de su necesaria libertad, más acaso que la voluntad dominadora del imperialismo británico.

Pero la memoria de la Comisión Simón, con el resultado de sus investiga-

ciones, nos brinda la ocasión de proclamar que en modo alguno puede ésto significar que tales obstáculos son invencibles; que no puede un día la India realizar cierta forma de unión política, capaz de introducir un orden elemental en aquel inmenso mosaico de razas, religiones, castas, clases e intereses, tan diversos y hoy menudo antagónicos.

Los adversarios de la libertad para la India venían repitiendo que no era posible allí la aplicación paciente y sistemática de medidas prácticas, empíricas si se quiere, más atentas a la realización de un progreso cotidiano que a la teoría rígida y absoluta del todo o nada. Los datos recogidos por la Comisión Simón demuestran la falsedad de tal aserto. En condiciones muy difíciles han laborado los indios dentro del marco administrativo establecido en 1919, y que les brindó la posibilidad de tomar parte—una parte condicionada, pero creciente—en el gobierno de su país. No cabe ya pretender que los pueblos de la India son incapaces de gobernarse por sí mismos, si bien se puede admitir la necesidad de profundas modificaciones y mejoras en su estructura social para que su gobierno autónomo sea una realidad con probabilidades de éxito.

Los imperialistas británicos que hacen hincapié en la diversidad étnica, social y religiosa de la India para negarle toda capacidad de evolución deberían tener presente que su propio país, y más aún el Imperio británico, no se ha edificado en una sola etapa y como perfecta unidad nacional, sino lenta y paulatinamente, por gradual ajuste de instituciones, al compás de su propia evolución interna. Y no olvidar que la libertad de la India es una necesidad ineludible, cuya satisfacción conviene ayudar y no impedir—evitando de añadir barreras externas y artificiales a las internas que la existen naturalmente—en bien de la India, del propio Imperio británico y de la paz del mundo.



Cinema

CINEMA, INDUSTRIA

El cinema reúne todas las cualidades favorables para ser meramente una industria. La fabricación de "films", necesita tales capitales, que se aleja del alcance de cualquier buen artista, para caer en manos de los financieros.

Si en las películas hay alguna parte artística, es solamente la necesaria al negocio, la que justifica los precios altos en las localidades, y, por lo tanto, la que hace subir la cotización de "films" entre los empresarios de salas de exhibición.

En éste, como en todo gran negocio, los americanos van a la cabeza. El cinema es la cuarta industria de los Estados Unidos y el capital invertido en ella es de 2.600 millones de dólares.

Los datos numéricos que siguen están tomados de la revista inglesa "The Economist" y servirán para darse perfecta cuenta de lo que significa para la industria estadounidense, el cinema.

En estos Estados hay 22.600 salas de cinema, que hacen unas entradas anuales de 800 millones de dólares.

Las casas más importantes, en cuanto a la altura de cotización de sus acciones son Paramount, Fox, Warner Bros y Loew's Inc., y la rapidez con que han aumentado los beneficios de dichas casas en el transcurso de los últimos años, se expresa en el siguiente cuadro:

	1927	1928	1929
Paramount.	8.057.998	8.713.063	15.544.544
Warner Bros.	30.427	2.044.841	14.514.62
Loew's Inc.	6.737.205	8.568.162	11.756.956
Fox Film.	3.120.557	5.957.218	9.469.058

Estas cifras se cuentan en dólares. Nótese que la que ha aumentado en ganancias en mayor proporción ha sido la casa Warner, lo que se debe, sin duda, a la preponderancia del cine sonoro, que ella fué la primera en introducir, tomando con este motivo patentes de algunos aparatos.

Desde el punto de vista de las cotizaciones, la que alcanzó más altura en 1929, fué la Fox Film, que llegó a 105 5/8, con un beneficio por acción de 10,29 dólares, contra 6'34 por parte de la Paramount, y Warner y 7'91 la Loew.

El curso actual ha hecho bajar a la Fox más del 50 por 100. Las cotizaciones de las otras casas también han descendido, excepto las de Loew, que han ascendido de 84 1/2 en 1929, a 91 1/2 en 1930.

Los beneficios netos de Paramount durante el primer trimestre del año actual, han aumentado en un 86 por 100 sobre los del mismo período del año pasado. El capital emitido por esta casa, ha sido llevado a 2.685.313 acciones a 3.256.479, por lo que si se mantiene du-

rante todo el año el beneficio por acción de 7 dólares, correspondiente a este primer trimestre, los beneficios netos del año 1930, serán de 22.794.653 dólares, contra los 15.544.544 en 1929.

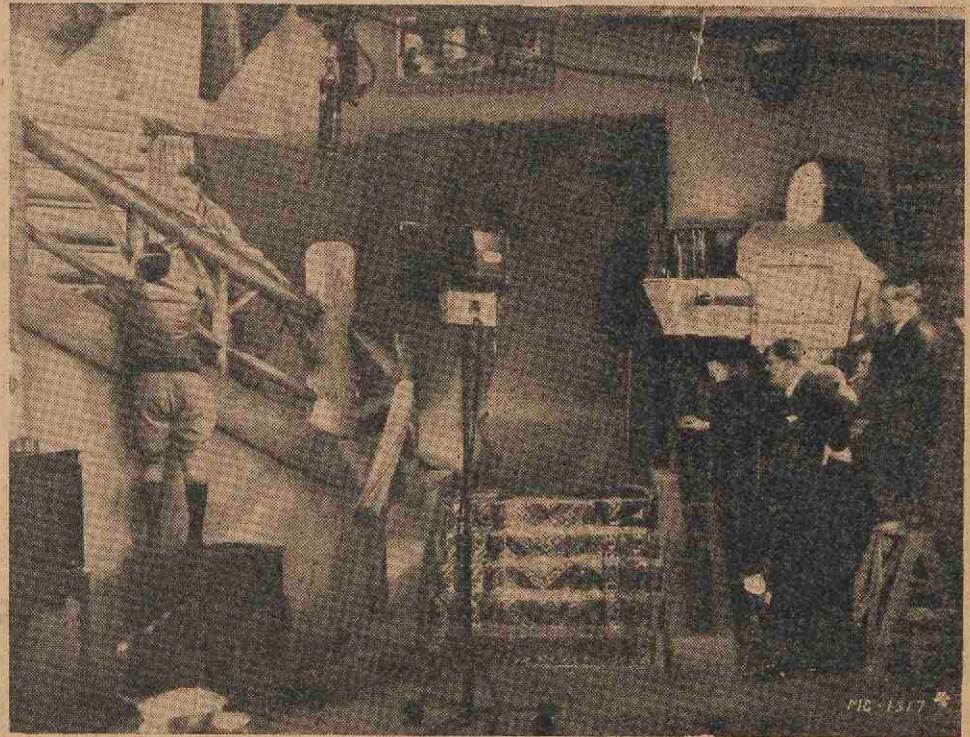
Los beneficios de la Loew, para el período de 28 semanas, terminado el 14 de marzo, han sido superiores en un 59 por 100 a los del período correspondiente del año precedente y se cree que para el 31 de agosto, se habrá llegado a los 11 dó-

lares de beneficio para cada una de las 1.372.108 acciones, contra 7 dólares 91 para cada una de las 1.363.993, acciones, en 1929.

La Warner espera realizar un beneficio para cada una de sus 2.601.211 acciones de 7'12 dólares contra 6,34 en el último ejercicio.

Como se puede ver, el problema del cine americano, no es un problema de propaganda (aunque usen el "film" para hacerla) ni de idioma, sino industrial. Por eso, al pretender luchar contra el cinema yanqui, hay que tener en cuenta lo serio de estas cifras, que no se pueden batir con cuatro discursos.

JOSÉ DE LA FUENTE.



Norma Shearer y Chester Morris en una variación de la escena del balcón para una próxima película de la Metro-Coldwyn-Mayer, dirigida por Robert Z. Leonard, y en la cual Norma Shearer será la estrella.



MAQUINAS DE ESCRIBIR CONTINENTAL

PORTABLE Y DE OFICINA

Compárese el trabajo de la MAQUINA CONTINENTAL con cualquier otra marca y se convencerá que es la mejor y más completa de las máquinas de escribir. Pídala a prueba a los agentes exclusivos.

Pérez y Vázquez, S. L.

Pi y Margall, 18 - Tel. 16.924 - MADRID

MUEBLES PRACTICOS PARA OFICINAS

Pídase presupuestos para instalaciones completas

Accesorios para toda

clase de máquinas



Los Libros

«Angel Ganivet», por Quintiliano Saldaña.

Viva y palpitante teníamos ya todos esa vida recia y fuerte que nació de los libros de Angel Ganivet. Porque ellos fueron preludio y norma de actuales generaciones, que guardan un recuerdo y conocen un camino iniciado por él.

Pero—¿por qué no decirlo?—una vaga niebla de misterio, de puntos oscuros, de tragedia sin claros, cercaba esa gran figura granadina.

Español, con el corazón hecho de España, de esa España que era, como él, mitad europea, mitad semita, con perfiles árabes, sentía como no ha sentido nadie el sentimiento de la patria perdida en lejanas aventuras marineras.

Finales del siglo XIX. Granada. Granada la bella, tan llena de recursos de la mejor España. Pico del Muley Hazem, pura nieve blanca y palmeras en el valle. Lucha y contradicción del paisaje, de la nieve y del sol. Y allí, en una calle apartada, un niño sueña en cosas lejanas, presente en el horizonte tierras de África (tierras calientes de África, tierras de moros y acaso en luchas guerreras o, mejor, en abrazos fraternos, cordiales.).

Luego, adolescencia atormentada por el atavismo islámico, por la educación más fina, más europea. Recia voluntad y esa tristeza mística de nuestros puros místicos, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Turbulencia de trabajos, de ideas, de energías vitales.

Y, al fin—granadino—, cónsul en Amberes, en Helsingfors, en Riga. Acaso los paisajes nórdicos influyeron más de lo que se piensa en el trágico fin de Angel Ganivet.

Y hoy—1930—, un acabado dibujo de la vida de este pensador español. Su autor, Quintiliano Saldaña, profesor de la Universidad de Madrid, que actúa tan civilmente en la verdad del momento.

El vacío de los detalles, de los menores detalles—¡tan significativos!—, no se ha llenado hasta que este libro aparece. Reconstrucción, no solamente sentimental, de toda su vida, tan llena de ejemplos. De ejemplos que hay que descifrar, que aclarar y presentar como banderas a las preocupaciones de hoy.

Saldaña ha logrado hacer revivir esta figura andaluza, que tiene para nosotros, ahora, un prestigio más: el de su tormento continuo, el de hombre quemado para siempre en su hoguera espiritual.

Clara y completa disección, capítulo por capítulo, aspecto por aspecto, nos presenta a Ganivet en su total personalidad. Ganivet, como Larra—reiteradamente comparados por el autor—, como el mismo Espronceda, tiene una de sus mejores obras—no la más conocida—en

sus horas, en sus días, en sus aventuras. En su existencia. En sus viajes y en su vivir cotidiano.

Ahora, gracias al profesor Saldaña, podemos ponernos en contacto directo con Ganivet. Lo vemos, hombre, viviendo a nuestro lado, viviendo en tumulto las preocupaciones humanas. ¡Qué tristeza da el alejamiento, la vida sólo en los libros, cuando no hay una buena biografía que incorpore al escritor a la vital manifestación del día!

España se une al Mundo en este deseo de exaltar figuras poco estudiadas o estudiadas en parte solamente, con este libro tan lleno de sugerencias.

Saldaña—como André Maurois—ha acertado en ese género—¡tan difícil!—de reconstruir mentalidades, espíritus, vidas de hombres oscurecidos acaso un poco, por su nombre glorioso y por sus libros aun vivos. Pero apagados ya en sus intimidades, en sus motivos, que, al fin, son siempre causas determinantes de ellos.

A. C.

«Filosofía del Derecho», por el profesor Giorgio del Vecchio. Introducción, prólogo y extensas adiciones por el profesor Luis Recaséns Siches. Tomo I.

En la apertura del curso de 1926 de la Universidad de Berlín, un jurista, de-

dicado principalmente al estudio del Derecho positivo, el profesor Triepel, pronunciaba, entre otras, las siguientes palabras: “Los juristas sentimos hoy el error de nuestros abuelos, que renegaron de la Filosofía, quedando sumidos en un marasmo de artículos y párrafos, desprovistos de todo sentido, en una situación caótica. Desde todos los campos del Derecho se clama hoy pidiendo el retorno a la filosofía jurídica... No perdamos de vista el siguiente dilema: o continuar degenerando o emprender el camino filosófico, especialmente el metafísico.”

Afortunadamente para la ciencia jurídica, hace ya años que varios profesores se levantaron contra el positivismo entonces imperante, y lograron destacar la importancia de la disciplina filosóficojurídica.

Entre estos profesores, casi todos germanos, ocupa un prestigioso lugar el latino G. del Vecchio, que, no obstante haberse inspirado en concepciones centro-europeas, ha sabido desprenderse de algunos de sus rígidos formulismos, creando un sistema filosóficojurídico de profunda originalidad.

Para el profesor de Roma, la Filosofía la construcción del concepto universal del Derecho ha de abarcar tres facetas: del Derecho, de los ideales de justicia y la parte fenomenológica, o que trata de los conceptos universales del Derecho positivo.

En este primer tomo se estudia la primera faceta, es decir, construcción de un concepto objetivo del Derecho, independiente, por tanto, de su fin (portedeonto-

JAVIER MORATA

HA PUBLICADO

Marcelino Domingo: LIBERTAD Y AUTORIDAD.—7,50 pesetas.

A. Fabra Rivas: LA ORGANIZACION INTERNACIONAL DEL TRABAJO.—5 ptas.

Pablo Iglesias: AL SERVICIO DEL PUEBLO.—5 ptas.

F. Largo Caballero: PRESENTE Y FUTURO DE LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES DE ESPAÑA.—4 ptas.

A. Lerroux: AL SERVICIO DE LA REPUBLICA.—5 ptas.

J. Noguera: MORAL, EUGENESIA Y DERECHO.—5 ptas.

Angel Ossorio: EL ALMA DE LA TOGA. 3.^a edición.—5 ptas.

Angel Ossorio: ESBOZOS HISTORICOS.—5 pts.
Fernando de los Ríos: EL SENTIDO HUMANISTA DEL SOCIALISMO.—7,50 ptas.

M. Ruiz-Funes: DELITO Y LIBERTAD.—5 ptas.

Julio Senador: AL SERVICIO DE LA PLEBE.—5 ptas.

Jaime Torrubiano: AL SERVICIO DEL MATRIMONIO.—5 ptas.

F. Villanueva: EL MOMENTO CONSTITUCIONAL. 3.^a edición.—5 ptas.

Julián Zugazagoitia: UNA VIDA HEROICA (Pablo Iglesias).—5 ptas.

Julián Zugazagoitia: UNA VIDA ANONIMA (Vida socialista).—5 ptas.

EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

logía), de la novedad de sus contenidos y aspectos (Derecho justo e injusto, objetivo y subjetivo, positivo y consuetudinario...) y de los rasgos comunes en diversas épocas y lugares.

Se trata, por tanto, de determinar la cualidad formal del Derecho. ¿Cómo lo consigue Del Vecchio? El Derecho constituye, en primer lugar, un criterio de valoración de las acciones humanas; este criterio de valoración nace de la Ética, pero de la Ética surge también la Moral; es preciso, por tanto, hallar los rasgos distintivos entre ambas ramas. Del Vecchio los concreta en las siguientes palabras: "El Derecho constituye la Ética objetiva, y, en cambio, la Moral, la Ética subjetiva." O, lo que es lo mismo, la Moral trata de las relaciones del sujeto con él mismo, mientras el Derecho está encargado de las relaciones entre varios sujetos, buscando la coordinación entre ellos.

Con arreglo a esto, el Derecho es definido diciendo que es la *coordinación objetiva de las acciones posibles entre varios sujetos, según un principio ético que los determina excluyendo todo impedimento.*

Otros interesantes aspectos jurídicos son tratados también en este primer tomo; pero su consideración escaparía a los límites impuestos a esta nota bibliográfica.

En la edición española de este libro, tanta parte como el propio Del Vecchio ha tomado el profesor Recaséns Siches, al avalarlo con sus amplias notas. De la juventud y profusión de trabajos de este profesor puede decirse que la patria de Suárez, Vitoria, Soto, Menchaca, etcétera, está camino de ocupar un primer puesto en el cultivo de esta disciplina.

Las notas puestas al frente del libro que estamos reseñando son completadoras de los aspectos tratados por Del Vecchio, atrayendo los ojos del lector al escenario de la ciencia jurídica europea y haciéndonos así comprender la posición y el papel del profesor de Roma frente a las actuales directrices de la ciencia filosóficojurídica.

La mayoría de la obra de Del Vecchio era ya conocida en España, a través de las traducciones. Por esto mismo tiene mayor interés para nosotros este libro cumbre y síntesis de su labor.

M. GARCIA PELAYO.

«Benjamín Zarnés», Teoría del Zumbel

Desde "El profesor inútil" acá, han sucedido muchas cosas fuera y dentro de Jarnés. Fuera, la evolución, fractura y desmembramiento de los grupos literarios, el tránsito del grupo a las individualidades (porque todos sabemos que las espirales de los grupos se han trocado en verticales individuos). ¿Es que el Jarnés de "El profesor inútil" no era ya un individuo? Sí, lo era, y de los que auguraban de modo más firme la conquista de la plena individualidad. Queremos decir

EDITORIAL ESPAÑA

Ben Jonsón: VOLPONE EL ZORRO. Prólogo y adaptación libre de Luis Araquistain.—5 ptas.

Jean Giraudoux: SIEGFRIED.—4 pesetas.
Rodolfo Llopis: COMO SE FORJA UN PUEBLO. (La Rusia que yo he visto). Profusamente ilustrada.—6 ptas.

Luis Araquistain: EL OCASO DE UN REGIMEN.—5 ptas.

Leonhard Frank: CARLOS Y ANA.—4 ptas.
Bertrand Russel: VIEJA Y NUEVA MORAL SEXUAL.—6 ptas.

Behounek: PERDIDOS EN LOS HIELOS POLARES. (La verdad sobre la trágica expedición Nobile). Con interesantes fotografías.—6 ptas.

Hans Hentig: ROBESPIERRE. (Estudio psicoanalítico con prólogo del Dr. Lafora). Un precioso volumen ilustrado.—6 ptas.

Thornton Wilder: EL PUENTE DE SAN LUIS REY. (Traducción y prólogo de Ricardo Baeza) Con magníficas viñetas.—5 ptas.

Julián Zugazagoitia: EL ASALTO.—5 ptas.
De venta en todas las librerías y a reembolso, sin gastos, en la

EDITORIAL ESPAÑA

Concepción Arenal, 6.-MADRID.

que si el Jarnés de dentro tenía ya vida propia y característica, si veía ya frente a él la embocadura de los caminos fértiles que, palmo a palmo, sobre sus ruedas de artistas, iba a recorrer, el Jarnés de fuera estaba en ese momento del escritor en que trata de imponer a la vida la norma de conducta que corresponde a su íntima dinámica, a su desplazamiento secreto... Hoy, dentro de Jarnés, a más de la ambición—y bienvenida sea—del camino porvenir—porque se trata de un escritor fecundo—ha de experimentar el descanso de la trayectoria recorrida, del deber cumplido; y Jarnés cumple consigo mismo y con la literatura del modo más firme y consciente.

La vida se puso a su servicio desde "El convidado de papel". Como la vida se puso plenamente, plenamente, al servicio de Antonio Espina con "Luna de copas" y con "Luis Candelas". Me complace aludir al paralelismo de estos dos escritores, en pleno reinado de sus facultades, que nunca se podrán encontrar por ser ambos—cada cual—originales e independientes y, sobre todo, por ser libres en absoluto y verdaderos *profesionales de la literatura*, en toda la extensión y responsabilidad de la palabra.

En "Teoría del zumbel" ha llegado Jarnés a la plena práctica de su técnica, a la gran técnica de su práctica. Las imágenes tuyas, de otros libros, que suelen vestir los trajes certeros de las excursiones de su estilo, no saltan, desordenadas por revolucionarias, como en otras ocasiones, intentando sacar la cabeza por encima del raso de la acción, sino que, incrustadas en la materia fundamental de la novela, hacen causa común con éstas y logran el todo brillante y pulimentado. Estamos en la Edad de la Novela pulimentada y Jarnés es investigador de esa edad.

Los personajes de Jarnés no creo dejen de ser humanos nunca. Al bañarlos en su estética, él, que es el director de ellos, los ha enseñado a moverse y a accionar, les ha suministrado ademanes que, a veces, son peculiares suyos. Pero él se ha dado cuenta de ello y no ha querido quedarse entre bastidores—esos bastidores de teatro nuevo, que va teniendo la novela—. Como escritor y hombre consciente que es, le gusta "dar la cara" y sin ningún aspaviento ni truco, con naturalidad, sale en su traje corriente—a enfrentarse con los personajes y actúa en la novela. Jarnés se asoma a su novela y pasea por ella esta vez. ¿Para qué? Para someter a interrogatorio a las personas que le interesan, para enterarse de su modo de pensar, para descubrirlos con sus propios ojos y quitar el velo que los oculta a los ojos del lector. Y esto, además de todo, es una buena acción que el lector agradece y el lector, a más de ser amigo de sus personajes, resulta amigo personal del autor...

La originalidad de "Teoría del zumbel" es la misma que la de sus obras anteriores, pero más destacada, más acusada, porque Jarnés, con sólo seguir la pendiente hasta ahora subida, llegará a una indudable cumbre. En cuanto a la decoración, hay como en otra novela anterior de él, un balneario. Un balneario tan romántico como el primero o más romántico aún. A partir de él, se mueve el amor, el Amor de todas las novelas de Jarnés, porque él ha dado un mentís a sus detractores—si es que los hay—siendo humano, porque la inteligencia es una cualidad humana. Quizás sea por pudor por lo que no haya dejado el grifo demasiado abierto en su obra. Prueba de ello es que lo suelta a discreción en sus conferencias.

ANTONIO DE OBREGÓN.

Trotsky y la Tierra

por OTERO ESPASANDIN

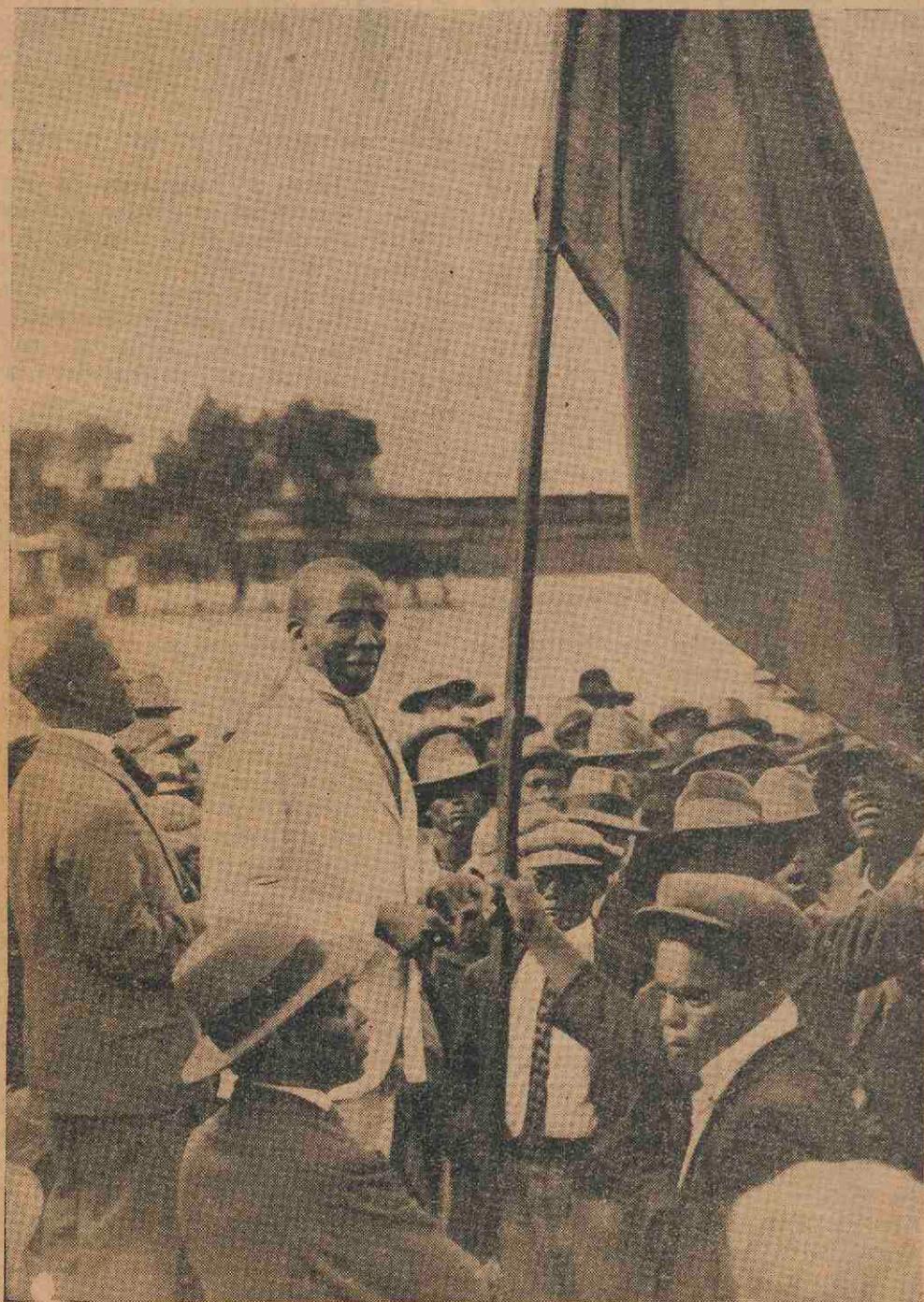
A Trotsky es preciso compararlo con patrones astronómicos, si no queremos correr el riesgo de falsear su traza ciclópica. Y aún así, quedamos a salvo de la hipérbola. Su artículo, publicado hace poco en NUEVA ESPAÑA nos demuestra lo pequeña que la Tierra resulta para alojarlo en su superficie. Llega a esta consecuencia sin que podamos sorprender en su razonamiento un atisbo de vanidad, ni de vencimiento tampoco. Su tremenda firmeza, lograda paso a paso, en una evolución heroica, es justamente, la que le nimba de esa aureola sobrehumana de poderío, que le hace inadmisibles sobre continentes enteros. Pero, antes de pasar adelante, digamos que esta aureola no es una aureola de santo, ni de apóstol, ya que él es, sobre todo, un formidable polemista y hombre de acción. Este mundo es su mundo y su destino; a él le debe todo cuanto es, y su simiente alcanzará plenitud entre los hombres, tarde o temprano. Si fuese un inocente teorizante, hoy estaría glorificado en todo el mundo en vez de confinado en unos palmos de estepa. Los hombres no negaron nunca acatamiento, y hasta fervor, al que hunde y desmelenan sus lucubraciones en ideales y mundos color de rosa. Es más: el hacerlo les parece un deporte recomendable y hasta, si el azar se lo permite, el más humilde de ellos lo practica con cierta fruición. Véase cómo los ingleses, tan escuetos y mesurados de imaginación, se hubieran honrado con el Mathama si sus depósitos de sal y sus tejidos no sufrieran menoscabo. El caso de Tagore lo prueba. Lo que los hombres no toleran es que se libren luchas contra su postura en este mundo, en este valle de lágrimas, como suele llamársele con una devoción impregnada de astucia, entre nosotros. Este mundo, esta Tierra que, según Trotsky, está cerrada para él, es el motivo de las humanas discordias. En él puede hacerse poesía, se puede practicar la caridad—otro deporte de los puritanos ingleses, de las damas católicas y los santones millonarios norteamericanos—, en fin, se puede, incluso, filosofar dentro de ciertos límites. Pero cuando se es hombre de ideas claras y realizables y se está dispuesto a realizarlas, el mundo cierra con estrépito sus puertas.

Lo que ocurre con el creador del ejército rojo no pasaría de una anécdota, todo lo grande que se quiera por darse en un hombre tan categórico, si a través de la peripezia no nos percatáramos con jubilosa claridad de la lucha profunda que se libra en la intimidad social de Europa, o mejor aún, de la Tierra. (Los españoles debemos aprovechar la lección para ganar cordura en marcar los hitos de nuestra labor). Las sociedades civilizadas viven una hora de angustia—al menos su ala conservadora— e inestabi-

lidad. Lo prueba el hecho de que ninguna nación pueda contrarrestar el efecto catalítico de una figura de la revolución rusa. Sépanlo los plácidos burgueses que entornan los ojos ante una mera perspectiva republicana. Por eso aquel que no condene de antemano sus ambiciones a un cercano fracaso debe desprenderse de sus tópicos venerables, puesto que hoy carecen de virtualidad y eficacia, y plantearse con honradez el problema de los destinos duraderos para precipitar cuanto antes su pleno dominio. A nadie que viva el trasiego juvenil de hoy se le oculta la existencia de un tácito acuerdo, cerniéndose sobre el desbarajuste y la con-

fusión presentes. Y no es éste un fenómeno exclusivamente español, porque la estructura psíquica del alma juvenil pugna, lo mismo en España que fuera de ella, con la estructura egoísta y cerril de las organizaciones legales de Europa y América. La juventud sabe que es tan sustantiva, tan legítima, como la edad adulta o la vejez; no una edad de tránsito, sacrificada a una madurez sin generosidad, sin aliento. Su profundo instinto—que compensa con exceso la experiencia desmoralizada del adulto— y su inocencia, las coordenadas de su conducta, son quienes la hacen temible, por que la llevan, indefectiblemente, a los hitos finales. Trotsky sería inofensivo si en el mundo no quedarán vehemencia y pureza: es decir, juventud.

Tip. "Velasco".-Meléndez Valdés. 52.



Profesor James Thaele Presidente del Congreso Nacional Africano durante un discurso